



CAPÍTULO II

DINÁMICA FAMILIAR: EL JUEGO RELACIONAL



Para comprender lo que implica la dinámica familiar se deben considerar diferentes elementos en relación con el entendimiento de la familia y con el propio concepto de dinámica. La Organización Panamericana de la Salud (2011) la comprende desde la interacción y los procesos que se generan en el sistema familiar; la dinámica implica aspectos en continuo movimiento, transformación y cambio, pues se encuentra ligada al entendimiento del sistema familiar en continua relación con él mismo y otros sistemas.

En este sentido se podría decir que la dinámica familiar conforma un tejido social que articula a los integrantes de la familia y se constituye en una red vinculante, tanto en su propia organización como con grupos familiares y con el mundo social e institucional. Define la pertenencia al grupo parental, establece los derechos y obligaciones según género, generación y parentesco. Por tanto, la dinámica familiar se sustenta en aspectos como la comunicación, la interacción y la socialización (Yepes & López, 2014).

Al ser el sistema familiar un microsistema, en él se interrelacionan sus integrantes, con base en propósitos, expectativas y anhelos. Dicho sistema es cambiante puesto que se encuentra sujeto a diversas influencias internas y externas. La familia, en esa medida, constituye la unidad social por excelencia que concentra formas de interacción y comunicación particulares que cambian y se transforman (Mínuchin, citado en Amaris, García & Rossi, 2002).

El sistema familiar constituye tres niveles (Equiluz, 2003): el biológico, que implica la función de la familia de perpetuar la especie; el psicológico, que involucra su función en crear los vínculos internacionales para la satisfacción de necesidades individuales; y el social, que denota la transmisión de las creencias, valores, costumbres y habilidades del individuo, que contribuyen a su desarrollo.

Franco (citado en Gallego, 2011) señala que dichos niveles y cambios en el sistema familiar obedecen al periodo histórico y social de cada época. Para él, el grupo familiar, por un lado, involucra los procesos de socialización primario; su objetivo es que los hijos se comporten de acuerdo con las exigencias vigentes del contexto; y por el otro lado, señala que todo grupo familiar tiene su dinámica interna y externa.

Según Viveros y Arias (2006) y Viveros (2010), la dinámica interna de la familia es un conjunto de condiciones en las que emergen mecanismos de regulación interna, los cuales involucran el funcionamiento, las formas de interacción, las funciones y roles asignados. Oliveira, Eternod y López (1999) subrayan que dicho tejido de relaciones y vínculos se relacionan directamente con la distribución de responsabilidades en el hogar, la participación y la toma de decisiones.

A partir de la dinámica interna es que se dan los procesos familiares de enculturación, socialización, humanización, subjetivación y de identificación. En este sentido, esta singular y particular forma de ser que tiene el grupo familiar contribuye en la formación de la cosmovisión que cada sujeto construye de su vida, de sí mismo y de la sociedad (Villegas 2005).

El concepto de dinámica, en esa medida,

Involucra todos aquellos aspectos suscitados en el interior de la familia, en donde todos y cada uno de los miembros están ligados a los demás por lazos de parentesco, relaciones de afecto, comunicación, límites, jerarquías o roles, toma de decisiones, resolución de conflictos y las funciones asignadas a sus miembros (Minuchin, citado en Amaris et al., 2002, p. 6).

Se involucran, por ende, las relaciones de cooperación, intercambio, poder y conflicto que existen en las familias (Velázquez, Ortega, Garrido, Reyes y Guadalupe, 2008). La dinámica familiar es un intercambio que se presenta en las relaciones familiares, lo cual se encuentra claramente relacionado con aspectos emocionales, familiares e individuales (Olson, Rusell y Sprenkle, citados en Polaino et al., 2003). Esto muestra que la familia debe responder a estrés y/o crisis de tipo situacional o del desarrollo como un todo indivisible.

Según lo anterior, la dinámica familiar es:

todas aquellas relaciones o aspectos que se dan al interior del grupo familiar que le permiten a los miembros, interactuar en cada uno de los subsistemas a través de diferentes procesos como la comunicación, los roles, las normas, y relaciones aflorando sentimientos, emociones, ansiedades y conflictos, estableciéndose una interacción con aspectos de su entorno como el medio ambiente, la educación, la cultura, la religión, la política, la comunidad y la sociedad en general; en donde cualquiera de estos aspectos suceden individual o grupalmente en la familia, afectando a todos sus integrantes (Cifuentes, Massiris y Ruiz, 1998, p.48).

Al respecto, Agudelo (2005, p. 5) afirma que la dinámica familiar comprende, de igual manera:

Diversas situaciones de naturaleza psicológica, biológica y social que están presentes en las relaciones que se dan entre los miembros que conforman la familia y que les posibilita el ejercicio de la cotidianidad (...), los cuales se requieren para alcanzar el objetivo fundamental de este grupo básico de la

sociedad: lograr el crecimiento de los hijos y permitir la continuidad de las familias en una sociedad que está en constante transformación.

Sin duda alguna, la dinámica familiar es el resultado de la vida cotidiana que establece la familia, la interacción entre sus miembros y los procesos internos que conforman un ambiente propio y genuino (Agudelo y Estrada, 2010). En la investigación realizada en Brasil por Pinto, Silva y Coelho (2008), se agrega al concepto de dinámica familiar el punto crucial que la interpreta como la capacidad que tiene la familia para adaptarse a las circunstancias, de manera que puedan garantizar la continuidad humana y la integración psico-social de sus miembros.

Chagoya y Jackson (citados en Barros, 2010) le suman a todo lo anterior que la dinámica familiar normal es una mezcla de sentimientos, comportamientos y expectativas entre cada miembro de la familia, que permite a cada uno de ellos desarrollarse como individuo y le infunde el sentimiento de no estar aislado y de poder contar con el apoyo de los demás. Consiste, en esa medida, en un conjunto de fuerzas positivas y negativas que afectan de una u otra manera el comportamiento de cada miembro, haciendo que la familia funcione bien o mal como unidad.

En el mundo de la dinámica interna familiar, tanto los sujetos como la familia son estudiados en función de sus pautas de organización. Es así como la dinámica familiar tiene principalmente siete dimensiones, es decir, sus aspectos constitutivos: los roles, la autoridad, las normas, los límites, las relaciones afectivas, la comunicación y el uso del tiempo libre (Viveros et al., 2006). Sin embargo, para los fines pertinentes de este libro se desarrollan los conceptos principales del enfoque estructural: roles, límites, funciones, jerarquías y conceptos de otros autores y corrientes que tienen que ver con los aspectos de la afectividad y la comunicación.

Según los estudios iniciados por Olson, Russel y Sprenkle (1979), la dinámica familiar se define en función de tres variables: la cohesión, la comunicación familiar y la adaptabilidad. Cualquier concepto o variable cuyo contenido refiere al ámbito de la dinámica familiar tiene su expresión en una de las tres dimensiones mencionadas.

A partir de lo trabajado hasta el momento se pretende abordar dichos aspectos constitutivos de la dinámica familiar; por fines prácticos, se explican de manera individual, aunque aparecen interrelacionados.

2.1 Intercambiar y compartir: comunicación, cohesión y afectividad

En el contexto de las interacciones humanas, el concepto de **comunicación familiar** se entiende como el proceso simbólico transaccional de generar dentro del sistema familiar, significados a eventos, cosas y situaciones del diario vivir. Es, *por*

lo tanto, un proceso de influencia mutua que incluye mensajes verbales y no verbales, percepciones, sentimientos y cogniciones de los integrantes del grupo familiar (Gallego, 2006).

Mendizábal y Anzures, en sintonía con lo anterior (1999), afirman que la comunicación es construir con el otro un entendimiento común sobre algo. En la vida familiar se requiere la comprensión mutua; esto quiere decir que los mensajes intercambiados sean claros, directos y suficientes, y que los receptores estén en disposición y apertura para evitar distorsiones. La comunicación es el elemento indispensable para identificar y resolver los problemas:

Este proceso comunicativo incluye no solamente las palabras, sino también las posturas, los gestos faciales e incluso los silencios que tienen que ver con la comunicación no verbal; ambas formas de comunicación permiten expresar sentimientos y posibilitan la interacción con el otro(a), puesto que el proceso de comunicación es dinámico y circular (Sánchez y Valencia, 2007, p. 86).

En ese sentido, cada acción, palabra, decisión, conducta, gestos, caricias, postura y las demostraciones de afecto transmiten un mensaje a los demás. Estas no siempre se presentan de una manera plenamente consciente, lo cual fácilmente puede llegar a una transmisión e interpretación errónea de los mensajes (Yepes, 2014).

La comunicación se basa en convenciones sociales y la realidad es un producto de la primera. Ella es muy importante para la familia, por ser un proceso de interacción donde se construyen relaciones horizontales y verticales, se intercambian mensajes, informaciones, afectos y comportamientos (Silva, 2014)

La comunicación es un punto crucial de la familia, puesto que las relaciones familiares se encuentran atravesadas por el intercambio continuo; es el medio principal de relacionamiento. Cada familia tiene un modelo único y particular de comunicarse, lo que determina la interacción de cada uno de sus miembros; así, cada familia desarrolla y descubre su manera peculiar de entender la vida (Gallego, 2011; Quintero, 2004).

En relación con lo anterior, Garcés y Palacio (2010) mencionan que dicha comunicación juega un papel importante en el funcionamiento y mantenimiento del sistema familiar; pues involucra hacer al otro partícipe, intercambiar y compartir. Al respecto, Satir (2005) sostiene que el acto de comunicarse presupone la existencia de la otredad, como factor clave para construir relaciones, pues refiere reconocer a los otros como interlocutores válidos.

Hidalgo (1999) y Nares (2009) muestran, por su parte, que es el principal medio de expresión de sentimientos y pensamientos, a partir del cual se establecen los roles y reglas en el sistema familiar. Magaña (2006) insiste en que la comunicación permite que el ser humano se exprese como es, a la par que interactúa con sus semejantes; dicha interacción potencia el desarrollo individual, cultural y social, en tanto que existe retroalimentación e intercambios en las ideas, sentimientos y deseos.

Tal como lo plantea la Consejería de Salud y Servicios sociales (2003), la esencia del ser humano es comunicar; es decir, dar y recibir mensajes, interactuar. En las relaciones familiares existe una predominancia del componente afectivo; por eso, en la vida familiar, se produce frecuentemente el nivel analógico de comunicación. Naturalmente, indica Arés (citado en Gallego, 2011) es indispensable que la comunicación esté atravesada por la claridad en lo relacionado con los límites, las jerarquías, los roles y los espacios que se habitan.

En este sentido, Lomov (citado en Garcés y Palacio, 2010) establece tres funciones básicas de la comunicación: la informativa o cognoscitiva, que tiene que ver con la transmisión y recepción de la información; la reguladora, con la regulación de la conducta a partir de la influencia mutua; y la afectiva, que tiene que ver con el contacto físico, los sentimientos, la expresión de sentimientos y emociones que afirman y hacen sentir al otro como un sujeto reconocido e importante dentro del grupo familiar.

Gallego (2006) clasifica los componentes que, a su juicio, intervienen en la dinámica comunicativa de las familias:

- Los mensajes verbales y no verbales, que le dan contenido a la interacción, puesto que forman un todo en la comunicación y se utilizan para crear significados familiares, creando realidades y significados diferentes al acto.
- Las percepciones, sentimientos y cogniciones, así como las emociones y los estados de ánimo de los que participan en la comunicación, son elementos que influyen en el proceso de interpretación y comprensión.
- Los contextos en los que se desarrolla la comunicación, que abarcan la cultura, el lugar, el periodo histórico, el ambiente cercano y la disposición de los espacios.

Adicional a esto, proponen Garcés y Palacio (2010), otro tipo de trabajos se han destacado por comprender ciertos niveles de profundidad que se dan en la

dinámica familiar, con lo cual logran identificar diversos niveles de comunicación: El Nivel 5, que se caracteriza por existir una conversación tópica, limitada y formal; el Nivel 4, en el que se habla con mucha frecuencia de otros, para no implicarse a sí mismo y no comprometerse o ponerse en evidencia; el Nivel 3, en el que el sujeto encuentra espacio para dar ideas y opiniones, lo cual se implica personalmente pero aún no está comprometido directamente con su aprobación social; el Nivel 2, el llamado *gut level*, en el que se adentra en la profundidad del ser en el terreno comunicativo y, por último, el Nivel 1, en el que se habla de comunicación cumbre, debido que existe una comunión espiritual muy profunda con el intercomunicador.

Cabe resaltar que la comunicación puede tener distintos efectos; por ejemplo, a la que tiene efectos negativos se le da el nombre de disfuncional y a la que tiene efectos positivos se le llama funcional. Esta última es la que permite un acercamiento entre los miembros de una familia, un acercamiento donde estos pueden manifestar sentimientos, emociones y pensamientos con la certeza de ser escuchados activamente e interpretados. Con base en una comunicación funcional, una familia construye la manera de organizarse y hacer explícitas las pautas de tal organización y, por lo tanto, promueve la cohesión grupal (Viveros y Arias, 2006).

Por su parte Inglés, Estévez, Piqueras y Musitu (2012) identifican en la comunicación uno de los recursos familiares más importantes para prevenir el conflicto y un factor especialmente significativo en la etapa de hijos/as adolescentes y en el proceso de emancipación. Así, en la medida en que todos y cada uno de los integrantes del sistema familiar se van ajustando psicológica y socialmente entre sí, los conflictos familiares van disminuyendo, generando un mayor bienestar personal y familiar (Sobrino, 2007).

Por otro lado, la comunicación disfuncional es aquella que obstaculiza el acercamiento asertivo de los miembros de una familia, es decir, bloquea la posibilidad de manifestar u construir relaciones (Viveros y Arias, 2006). Al practicarse este estilo de comunicación, los mecanismos internos y de interacción que tiene una familia con el medio se tornan rígidos, generando estrés en las relaciones. La capacidad de superar obstáculos de manera exitosa se torna más lenta e insuficiente para satisfacer las necesidades básicas de la familia.

Por otro lado, Nardone y Giannotti (2003) mencionan que relacionadas con las formas de interactuar se encuentran diferentes modalidades comunicativas, es decir, para estos autores una familia caracterizada por un modelo hiperprotector en la forma de relacionarse presenta palabras y gestos paternos que enfatizan en la dulzura, el cariño, la protección y el amor; es pues, un modelo comunicativo en el

cual el adulto interviene y reacciona inmediatamente frente a cualquier dificultad que se presente en el joven.

Los objetivos de este tipo de comunicación tienen que ver con la alimentación, la salud física, el aspecto estético, la socialización, el fracaso académico, entre otros. Los padres, en ese sentido, realizan continuas preguntas al joven en relación hacia dónde va y qué hace, buscando continuamente posibles dificultades para anticipar y prevenir (Nardone & Giannotti, 2003).

Otros modelos de relacionarse que mencionan estos autores son: modelo democrático -permisivo y modelo sacrificante. Por su parte, el modelo democrático guarda íntima relación con la discusión de las inconformidades, las reglas y normas presentes, es decir, este estilo comunicativo tiene que ver con la participación de todos en las discusiones y conversaciones existentes, en las cuales el joven es tomado como un adulto más del grupo familiar. Por otro lado, el modelo sacrificante gira en torno a una modalidad comunicativa en la cual el discurso se centra en el deber de los padres, en donde el bienestar y el placer de los jóvenes se encuentran por encima de estos.

Dichos modelos comunicativos permiten pensar en otro componente de la dinámica familiar: la **cohesión familiar**. Al ser entendida por González, Núñez y Álvarez (2003), Nares (2009), Mora (2000) y Hernández (1997) como el vínculo emocional y la autonomía existente entre los miembros de la familia; incluye la cercanía, compromiso familiar, individualismo, tiempo compartido, proximidad y satisfacción de las relaciones en el núcleo familiar. Hace referencia a la fuerza de los lazos que unen a los miembros de una familia y se traducen en conductas, cabe denotar, que para la Consejería de Salud y Servicios Sociales (2003) el grado de cohesión está relacionado con la diferenciación de cada uno de sus miembros. Una diferenciación extrema amenaza con desintegrar la familia y una cohesión excesiva amenaza con destruir el espacio para el crecimiento personal.

Dentro del modelo circuplejo, tal como lo menciona Tueros (2004), los conceptos específicos para medir y diagnosticar la dimensión de cohesión familiar son: vinculación emocional, límites, coaliciones, tiempo, espacios, amigos, toma de decisiones, intereses y recreaciones. En ese sentido, se puede distinguir cuatro niveles de cohesión según Zambrano (2011), Schmidt (2001) y autores como Barg (2004) que permiten diferenciar varios tipos de familias:

Desligadas: sus características de funcionamiento denotan una gran autonomía individual y poca unión familiar, límites generacionales rígidos, tiempo separados física y emocionalmente donde priman las decisiones individuales. En este

tipo de familias se presenta un predominio de la individualidad como entes aislado de un grupo, lo que lleva claramente a un gran deterioro de la identidad grupal. Se presentan roles aislados en donde la interacción es puramente informativa o descriptiva, los cuales entre sí no entran en ningún conflicto; en sí, los miembros de esta tipología familiar, hace cada uno lo que desea, con lo cual las normas y valores pierden importancia.

Separadas: Sus características se relacionan con una moderada independencia de los miembros de la familia, límites generacionales claros, equilibrio entre estar solos y en familia, amigos individuales y familiares, algunas actividades familiares espontáneas y soporte en las actividades y decisiones individuales.

Conectadas: la característica de este nivel de cohesión da cuenta de una moderada dependencia de la familia; claros límites generacionales; mucho tiempo y actividades en familia, aunque pueden conservar algunos amigos y tiempos individuales; las decisiones importantes son hechas en familia.

Amalgamadas o aglutinadas: las familias con este nivel de cohesión se caracterizan por una sobreidentificación con la familia, en el sentido de una fusión psicológica y emocional; con exigencia de lealtad y consenso que frenan la independencia, individuación o diferenciación de sus miembros; los límites generacionales son borrosos, el tiempo, amigos y actividades deben compartirse en familia, es por lo tanto, el extremo de la alta cohesión familiar.

Se observa en este tipo de familias una exagerada tendencia a formar una unidad, donde se dificulta la discriminación de sus miembros. Se producen, asimismo, interacciones estereotipadas entre ellos; el rol materno es exagerado, lo cual claramente debilita el rol paterno; en ese sentido, hay un predominio de normas maternas y el afecto se presentan como algo que ahoga. Por otro lado, este grupo de familias presentan una buena capacidad de contención por lo que todos sus miembros pueden sentir al grupo como un refugio. Sin embargo, los estímulos externos del ámbito familiar se perciben como peligrosos.

Dentro de los niveles centrales de cohesión, los extremos como las familias desligadas y amalgamadas son considerados como familias caóticas, desbalanceadas y/o problemáticas, mientras que los niveles intermedios como las familias separadas o conectadas son consideradas como familias facilitadoras (Zambrano,2011).

Estos distintos niveles de cohesión, muestran una variada gama en los que pueden moverse las familias a lo largo de su ciclo vital, es decir, la consideración de la cohesión familiar en sus distintos niveles tendrá que comprenderse como positiva

o negativa, para el desarrollo de sus miembros, en función del ciclo vital en el que la familia se encuentre.

De esta forma, se entenderá que el nivel conectado puede resultar muy beneficioso en el ciclo vital con hijos pequeños, mientras que la familia separada resultaría idónea cuando ellos llegan a la adolescencia y la juventud.

Dicha diferenciación de los miembros del grupo familiar, como parte constitutiva de la cohesión, se relaciona directamente con los **límites**, ya que se considera aquella región o sector que sirve de barrera para la diferenciación entre los miembros. Es, pues, el espacio en el que se permite por un lado la protección familiar sin por ello perder la individuación y diferenciación (Casas, 1994).

Los límites, también llamados fronteras, implican un conjunto de reglas que determinan qué miembros de los diferentes subsistemas participan y de qué manera en la interacción, por lo cual una familia bien organizada tiene sus límites definidos con claridad. En ese sentido, las reglas que definen las circunscripciones de participación en el subsistema pueden ser implícitas o explícitas y prescriben o determinan quiénes participan en el subsistema y cuán extensa o intensa es esa participación (Casas, 1994).

Los límites hacen posible la confrontación con fronteras que exigen respeto y aceptación al interior de la familia (Viveros y Arias, 2006). Por otro lado, Minuchin (1997) ha definido tres tipos de límites: los límites abiertos, claros o permeables, los límites cerrados, rígidos o impermeables y los límites difusos o azarosos.

Minuchin (1997) y Umbarger (1999) plantean que los límites difusos implican que la diferenciación y la autonomía de sus miembros son difusas y su respuesta en momentos de crisis puede llegar a ser excesiva, por ende, no permiten la indiferenciación entre los subsistemas favoreciendo las relaciones aglutinadas. La demarcación demasiado débil de los límites lleva a un apego excesivo en el que prevalece la unidad de pensamientos y sentimientos por sobre la intimidad e individuación física, emocional y mental.

En el otro extremo se ubica la familia con límites rígidos al interior. En ella, cada miembro de la familia se comunica poco con los otros y sus necesidades emocionales las satisface principalmente al exterior de la familia; no se permite el ingreso de un subsistema a otro, provocando distanciamiento y desprendimientos entre los subsistemas. La demarcación rígida, conlleva al desapego y al aislamiento en la medida que se ignora el compromiso recíproca relacional (Minuchin, 1997 & Umbarger, 1999).

Respecto a lo anterior, Minuchin (1997) menciona que los límites de los subsistemas deben ser precisos para que se desarrollen las funciones sin interferencia y lo bastante flexibles como para permitir el contacto entre los miembros de los subsistemas. Asimismo, la claridad en ellos, dentro de la familia constituyó un parámetro útil para la evaluación de su funcionamiento.

Cabe resaltar que al interior del sistema se encuentran diversas funciones que desempeña cada miembro de la familia. De esta manera, para que la familia funcione de una forma apropiada y saludable los límites de demarcación deben ser claros, deben definirse con suficiente precisión para permitirles a los miembros de los subsistemas el desarrollo de sus funciones sin interferencias. Pero también deben permitir el contacto entre los miembros del subsistema y los otros miembros de la familia y del mundo exterior. Todo subsistema familiar posee a fin de cuentas funciones específicas y, por lo tanto, requiere habilidades específicas de parte de cada miembro (Casas, 1994).

El grado en el cual las funciones de la familia pueden ser cumplidas adecuadamente puede correlacionarse con la calidad de los límites de los subsistemas. Si los límites son demasiados cerrados, el sentido de familia disminuirá y los miembros de la familia no se ofrecerán entre sí el apoyo suficiente; si los límites de los subsistemas son demasiados laxos, los subsistemas no tienen suficiente autonomía para cumplir sus funciones (Salamea, 2000).

Hasta el momento se han abordado los conceptos de comunicación y cohesión; y dentro de esta última, los límites. Es posible percibir que constantemente aparece el concepto de **afectividad** puesto que, como lo menciona, Sarmiento (citada en Cifuentes et al., 1998) y Bowlby (citado en Gallego, 2011), es una de las interacciones más importantes en la vida del ser humano; el sentirse amado, respetado y reconocido potencia la satisfacción personal y el desarrollo humano en el grupo familiar, pues es el vínculo que une a la familia.

La afectividad es un componente de la naturaleza humana y, por lo tanto, una necesidad que según sea desarrollada, marcará el accionar del individuo, primero, con la persona misma y luego en la relación con los demás (Sánchez, 2006). El afecto también puede ser visto como una forma de relación que se construye desde lo cotidiano, en el marco de unas creencias, valores y costumbres que además, tributan al desarrollo humano y social del sujeto.

Según Rivera (2015, p. 27), “el afecto se convierte en un pilar fundamental para el desarrollo de la identidad, por el rol proactivo en el proceso de crianza, que debe facilitar la estructuración del individuo para facilitar de forma positiva la inserción a la sociedad”.

La constitución del vínculo afectivo, dice Jiménez (2003), implica que los padres cumplan unas determinadas funciones en las que se produzca un acercamiento y acompañamiento mutuo. Los vínculos afectivos entre padres e hijos se fundamentan primordialmente en el amor; sin embargo, también se encuentra cargado de sentimientos hostiles que pueden ofrecer seguridad o crear dependencia. Pero entonces ¿qué entender por la dimensión afectiva de la familia?

Puede definirse desde los aportes de Rivera (2015) como una forma de relación que se construye desde lo cotidiano, desde la cercanía emocional, el apoyo, la armonía y la cohesión. Desde el enfoque psicológico, según Farinango y Puma (2012), es la capacidad de reacción de un sujeto ante los estímulos que provienen del medio externo o interno, cuyas principales manifestaciones son los sentimientos y las emociones.

En ese sentido, Palacio (2004) dice que el afecto cambia continuamente en función de la relación que se establece y construye de manera diferencial con los diferentes miembros de la familia. Tal y como lo dice Rivera (2015), los aspectos que involucran la construcción del afecto se encuentran enmarcados en diferentes factores biopsicosociales, donde es posible afirmar que no todos los miembros en las relaciones familiares acceden en igualdad de condiciones en las prácticas afectivas.

Autores como Rivera (2015) y Calveiro (2005) mencionan que es necesario comprender que las relaciones de afecto construidas operan en dos sentidos: cohesión familiar y social; y por otro lado como estrategia o mecanismo de poder. En esa medida, el afecto en las relaciones familiares se cimienta como un mecanismo de poder, en la medida en que incide en el comportamiento del otro. De acuerdo con lo anterior, “[l]as relaciones de afecto en la familia, jerarquizan las interacciones en las prácticas y discursos alrededor de la emocionalidad” (Calveiro (2005 p.33).

La afectividad o forma de expresar los sentimientos se ve marcada también, indiscutiblemente, por los patrones de comportamiento y valores asignados según el rol de género y la dinámica interna de la familia. Para que esta sea funcional y promueva la salud de sus miembros debe permitir y fomentar la expresión libre de la afectividad, ser capaz de expresar las emociones positivas y negativas, y transmitir afecto (Herrera, 2000).

En relación con lo anterior, cuando una relación tiene como soporte un vínculo afectivo estrecho fluyen sentimientos positivos. Sin embargo, el hecho de que el vínculo se encuentre fundamentando en el afecto no significa que no se encuentre con barreras, discusiones y desacuerdos, lo cual, es inevitablemente el

resultado de las diferencias entre los miembros de la familia en la cual generalmente el adulto cumple con el establecimiento de normas y límites, donde fácilmente se pueden generar sentimientos hostiles y de rechazo (Jiménez, 2003).

Por otro lado, Jiménez (2003) también menciona que si una relación se encuentra permeada por un vínculo afectivo ausente o poco consolidado, los sentimientos se presentan de una manera débil, donde se es difícil acercarse y reconocer al otro. De tal manera que, cuando el vínculo afectivo es débil, se pueden presentar por un lado, relaciones poco conflictivas porque los encuentros son esporádicos o relaciones conflictivas esporádicas pero de una alta intensidad.

2.2 Cambios en la comunicación y cohesión con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

Autores como García, Rivera, Arango y Díaz (2006) entienden a la familia como un grupo social que enfrenta múltiples tareas del desarrollo, donde se observa un intercambio diario entre sus miembros y otras redes sociales. En sintonía, Ríos (2005) menciona que al sistema familiar hay que considerarlo sumergido en un proceso evolutivo esperable, donde se presentan retos y problemas típicos de cada etapa, es decir, que muestra un determinado ciclo vital.

De esta forma, referirse al ciclo vital es hablar de las etapas que la familia atraviesa, lo que lleva implícitamente a considerar la necesidad de cambio, adaptación y, por ende, nuevas experiencias. De ahí que la familia afronta una crisis, definida por González (2000) como un aumento de la disrupción, desorganización o incapacidad del sistema familiar para funcionar. La familia en crisis se caracteriza por la inhabilidad para retornar la estabilidad, y a la constante presión a hacer cambios en la estructura familiar y en los modelos de interacción (p. 3).

En relación con lo anterior se encuentra que una de dichas situaciones que desencadenan una crisis en el sistema familiar tiene que ver con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad, pues esta se configura como un ámbito desconocido. La universidad representa un mundo en el cual las actuaciones de la familia en el nivel de la escuela ya pueden llegar a ser insuficientes o excesivas (Garreta, 2007). De tal manera, en sintonía con Soárez y Almeida (2001); Soárez (2003) y Soárez, Guisande, Diniz y Almeida (2006), el tránsito y la adaptación al contexto universitario se conceptualiza como un proceso complejo y multidimensional.

Dentro de las conceptualizaciones de la dinámica familiar se encuentran dos componentes principales: la comunicación y la cohesión; dichas categorías ya mencionadas por Olson (1979) y Gallego (2006), hablan de un proceso simbólico transaccional que se genera en el sistema familiar. González, Núñez y Álvarez

(2003) y Nares (2009) refieren también los vínculos emocionales y la autonomía existente entre los miembros del grupo familiar. Todas las cuales guardan una estrecha relación con los conceptos de afectividad y límites.

El interés central con todo lo anteriormente mencionado de este apartado está en el orden de las implicaciones, de dicho tránsito, desde un acontecimiento importante para el sistema familiar (ingreso del hijo/a mayor a la universidad). Es así que resulta interesante conocer los cambios que se dan en la dinámica familiar, específicamente en el componente comunicativo y los aspectos relacionados con la cohesión, pues la comprensión de dichas implicaciones y/o cambios representa una oportunidad importante para formular y desplegar diferente tipo de acciones educativas y de acompañamiento a las familias.

A partir de lo anterior se evidencia que para el entendimiento de la dinámica familiar es necesario separar, en primera medida, los componentes que le competen. Sin embargo, transcurrida dicha revisión se encuentra que tanto límites como afectividad están ligados directamente a dos componente principales la comunicación y la cohesión.

La comunicación y la cohesión se definen desde los análisis de carácter teórico sobre la dinámica familiar. Se identifican pues cuatro grandes cambios: en tiempos y espacios familiares; los relacionados con la individuación; en los niveles de protección y confianza familiar; y los cambios en la afectividad.

El primero es el relacionado con los cambios en tiempos y espacios familiares, donde se dan las transformaciones en los momentos de interacción familiar, que se generan como consecuencia del ingreso del hijo/a mayor a la universidad. Se pormenorizan las dificultades de la familia para mantener y preservar dichos espacios; especialmente los padres lo asumen desde la concepción de pérdida y alejamiento. Uno de los puntos que resulta altamente significativo para los padres es no poder compartir la hora del almuerzo, como uno de los tiempos y espacios fundamentales en la cohesión y comunicación familiar.

Se resaltan los cambios evidentes de individuación y emancipación del joven universitario; que se asume con mayores niveles de independencia, autonomía, toma de decisiones y la generación de nuevos espacios de relación al ingreso a la universidad; espacios que acarrea expandir las relaciones sociales. Estos cambios, los cuales afronta la familia llevan consigo una estrecha relación con la necesidad del joven de edificar límites frente a su familia.

Se configuran, además, los cambios en la protección y confianza familiar, que ponen en evidencia la confianza parental hacia el criterio del joven; el brindar

espacios de individuación, pero mantener la seguridad familiar y el acompañamiento como un proceso distinto en la universidad implica más un acompañamiento que un control.

El cuarto componente expone los cambios en la afectividad familiar, mediada por mayor vinculación emocional, cercanía de la familia extensa y figuras anteriormente ausentes; así, como conflicto, miedo y angustia frente a la separación y alejamiento que experimentan especialmente los padres frente a la nueva dinámica del joven en su contexto universitario.

Dentro de los cambios evidenciados en la dinámica relacional de las familias participantes, se encuentran los cambios en los tiempos y espacios compartidos, puesto que estos se edifican como momentos puntuales de interacción, en la cual se juega la vinculación emocional y el intercambio continuo del sistema familiar.

Con anterioridad, se puede decir que en la mayoría de las familias, el joven encontraba mayor tiempo disponible para los espacios familiares. Esto no solo está vinculado a la etapa escolar, sino también con el poder, la cohesión y la mayor dependencia del joven. La familia, al vivir el ingreso a la universidad del hijo/a, denota diversos cambios fundamentales, como lo muestra el siguiente relato de una hija, considerando que la universidad es un punto crucial donde ya no es posible pasar tanto tiempo familiar:

Pues por el tiempo que le dedicó a la universidad ya no me puedo dedicar tanto a mi familia, compartir con ellos, en la noche viendo televisión o así, de igual forma mi papá no mantiene mucho en la casa por el trabajo, pues, él trabaja hasta muy tarde.

En esa medida, se presenta una serie de transformaciones en lo cotidiano que afectan a todo el núcleo familiar, donde los espacios de recreación y ocio familiar pasan posiblemente a un segundo lugar; acompañado de la ocupación paterna que se involucra en las posibilidades de compartir en familia. Dentro de los tiempos y espacios familiares se configuran espacios concretos y particulares de la vida, como para este caso particular es ver la televisión y, por otro lado, tal como lo relata una madre, el espacio del almuerzo:

Esa parte de reuniones familiares en el día si ha cambiado, ya no almorzamos juntas, se queda mucho en la universidad al medio día.

El almuerzo representa un espacio no solo de interacción sino de posibilidad de comunicación. Como lo indican Moreno y Galiano (2006), sentarse a la mesa es un motivo de interacción familiar, asociado a fortalecer la identidad y los vínculos

familiares. Lo anterior no quiere decir que la imposibilidad de almorzar juntos represente conflictividad, pero sí la pérdida de un espacio familiar, donde el relato permite observar que se considera una reunión familiar importante.

Sin embargo, las familias como sistemas particulares que representan un mundo complejo y diferente, afrontan y reaccionan distinto frente a las situaciones; cada una de ellas poseen una historia. Así, lo que representa una problemática para una familia puede no serlo para otra; como lo muestra el siguiente testimonio de una madre:

...entonces el papá no le gusta que ella no venga a almorzar a la casa por los trabajos con los compañeros... ya es alegando: "¿por qué no está la hija? ¿por qué no vino?"... también un puente uno no puede contar con ella, por los parciales...

Los cambios que afrontan las familias en los tiempos y espacios dan pie a pensar cierta dificultad paterna para aceptar las nuevas dinámicas familiares. Como lo dice la madre, ya no es posible contar con la hija teniendo en cuenta que la joven tiene nuevas responsabilidades y demandas académicas de la universidad.

Esta nueva condición de no disponer de los mismos tiempos y espacios familiares representa, para las familias, un motivo de conflicto, visto desde la perspectiva de la hija:

*"Y empieza una actitud toca maluca (el papá) diciendo que **ya no se comparte en familia**...es la forma de ser de él... él pretende siempre recibir de mí y yo quiero que él también me dé".*

Se encuentra que al interior de la comunicación y cohesión familiar, como lo menciona la hija, es fundamental pensar los tiempos y espacios familiares a partir de la reciprocidad; donde no solo es ella quien debe tomar la iniciativa para compartir en familia, sino que también demanda, para este caso particular, una participación activa de su padre.

Puede pensarse, en ese sentido, que los conflictos que acarrea el ingreso a la universidad obstaculizan el acercamiento asertivo de los miembros de la familia, cuando en ella no se disponen de otros recursos comunicativos y de afrontamiento de conflictos que les permita sobreponerse al primer impacto de este cambio en los ritmos y espacios compartidos. También resulta importante tener presente que no solo se habla del proceso de ingreso a la universidad, sino que este también se encuentra influido por el ciclo vital de la familia que, en este caso, está enmarcado por la adolescencia y emancipación del joven adulto. Lo anterior justifica que este tipo de cambios en la dinámica familiar no solo se relacionan con el ingreso a la

universidad, sino que además viene acompañado de otros procesos por los cuales atraviesa la familia.

Lo anterior evidencia uno de los componentes que intervienen en la dinámica comunicativa familiar, mencionado por Gallego (2006): el componente verbal y no verbal, el cual se caracteriza por el reproche, desaprobación, sentimiento de rechazo, enojo y hostilidad; estos elementos dan actualmente el contenido de la interacción existente entre padre e hija, y es a partir de esta que crea significado la familia. De tal manera, los componentes de la comunicación y la cohesión cambian, puesto que fácilmente se empieza a generar una dinámica disfuncional que pone en continuo estrés a todo el núcleo familiar.

En este sentido, Lomov (citado en Garcés y Palacio, 2010) establece una función básica de la comunicación: la afectiva, que para este caso particular con la entrada de la hija a la universidad, cambia en la medida en que se modifica el contacto físico, la expresión de sentimientos y emociones que afirman y hacen sentir al otro como un sujeto reconocido e importante dentro del grupo familiar.

Como se ha dicho, la universidad implica menor disposición de tiempo familiar por parte del joven; como lo dice una madre:

La unión familiar ha cambiado, ella tiene que estar mucho tiempo afuera, ya no la vemos casi y si la vemos la vemos es pegada de los libros o de las maquetas que tienen que hacer, entonces ya obviamente eso bajó, esa comunicación y ese compartir entre todos con ella.

Con respecto a este testimonio, los cambios de los que se habla en este apartado se vinculan a las nuevas prioridades del joven universitario, como es el caso de leer y realizar las maquetas, lo cual requiere el tiempo de la joven y pueden llegar a disminuir los niveles de comunicación y espacios familiares compartidos:

Pues [para] compartir con la familia un domingo ya mantengo más ocupada, tengo trabajos que hacer, entonces ya no puedo salir con ellos, o ellos quieren que yo vaya hacer deporte con ellos y ya no puedo, o porque quiero dormir hasta tarde un domingo.

Relacionado con el tema tratado, la etapa de adolescencia, emancipación del joven adulto y el ingreso a la universidad suponen no compartir tanto tiempo con su familia, dada la búsqueda de individuación y de identidad.

Así como lo dicen Soutullo y Sanz (2010), el joven empieza a cuestionar lo aprendido y establecido en su hogar, donde puede rebelarse frente a lo estipulado

en la familia y cambiar la percepción que tiene respecto a ese sistema, como lo evidencia el siguiente relato de una hija:

*A mí siempre me ha gustado mucho compartir con mi familia, pero **ahora ya son como muy amargados, ya se encierran en el cuarto**, entonces así me aburre mucho eso, y pues yo un sábado quiero salir*

La dinámica familiar desde el punto de vista de la cohesión y la comunicación y los tiempos y espacios compartidos, como muestra el relato anterior, se encuentra que la hija como parte de su etapa evolutiva cambia la percepción que tiene sobre sus padres; los intereses que presenta son distintos y no la convocan a estar con la familia.

Simultáneamente con lo que plantea el relato anterior, la madre de la joven habla de momentos en los cuales considera que su hija puede compartir en familia, pero ella no lo hace:

*Nosotros vamos a Cali porque tenemos allá unos negocios y **ella dice que no quiere ir y yo sé que hay veces tiene tiempo**, pero no quiere ir.*

En ese sentido, Jiménez (2003) dice que la crisis en esta etapa familiar se encuentra enfocada en la tensión y cambio; allí el conflicto deviene de los diferentes intereses u objetivos incompatibles entre las partes (padres e hija). En la adolescencia, los conflictos se generan por las formas como a partir de las propias necesidades, deseos e intereses, el joven confronta el orden familiar establecido durante su infancia y entra en choque con los intereses, necesidades y deseos de sus padres.

Con respecto a otros tipos de cambios relacionados con los tiempos y espacios, se identifica también la capacidad del sistema de adaptarse a la nueva etapa, en donde es la familia quien se acomoda al joven, con el fin de conservar y/o procurar tiempos y espacios familiares:

*...ella está más sueltica a nosotros más independiente...**claro que si decidimos hacer algo, contamos con el tiempo que ella tenga**, eso es cuando tenemos una salida familiar... siempre contamos mucho con el tiempo de ella y que ella si pueda estar...*

La madre que brinda este relato reconoce que su hija está más ocupada en tiempos por su experiencia universitaria; sin embargo, construyen estrategias familiares conciliadoras y flexibles que les permiten mantener espacios de interacción familiar en los que la joven puede participar. De esta forma, la dinámica familiar



muestra un cambio en la medida en que el sistema familiar se ajusta en pro de mantener los niveles de comunicación y cohesión existentes; esto representa un modo de relacionarse y comunicarse que enfatiza la participación de todos, en el cual la joven es tomada como un adulto más del grupo familiar.

Por otro lado, los padres logran reconocer en la joven universitaria una condición de adulta e independiente de su grupo familiar; por ende, posee unos niveles diferentes de autonomía, dependencia y libertad respecto al pasar tiempo y compartir espacios en familia:

*No solamente como en esa parte de que **sabemos que ya no es la niña que está al lado de nosotros para todo**, con la que contamos para todo, todo el tiempo ya no.*

Hay que mencionar, además, que si bien en algunas familias los tiempos y espacios de interacción familiar cambian en pro del joven, se encuentran también niveles de exigencia frente a estos por parte del núcleo familiar; tal como lo muestra el siguiente testimonio:

*También le exigimos que se desocupe y que los domingos en la tarde los siga sacando para compartir en familia porque **ese día se respeta**.*

La etapa por la cual se encuentra atravesando la familia se centra, por un lado, en la autonomía existente, pero también se tensiona con los niveles de exigencia familiar, en las cuales no se presentan unos niveles de cohesión alta que procura la conservación de los espacios de compartir en familia, posiblemente en detrimento de las posibilidades de individuación e independencia de la hija.

Por otro lado, se encuentra en otras familias que es la hija la que promueve el mantenimiento de actividades para compartir en familia; así lo muestra el testimonio de una abuela:

*Yo digo que ahora ya por la edad y por la convivencia en la universidad, yo creo **que ella ha tomado más conciencia de sacar los espacios para compartir en familia** y celebrar las fechas especiales como el día de la madre... eso creo yo.*

La universidad toma un sentido particular para el núcleo familiar, incluyendo al joven universitario que muestra un cambio en los procesos comunicativos, pues según los relatos de la abuela, no sólo la etapa de adolescencia y emancipación del joven adulto, sino también el ingreso a la universidad se manifiestan como factores que inciden en la cohesión y comunicación de la familia. Ahí, después de una etapa de alejamiento y gracias a lo que la abuela denomina como conciencia, que se podría entender como madurez, el joven puede volver a valorar la vida en familia como

una experiencia reconfortante y sin amenaza para su proceso de individuación y autonomía.

En sintonía con lo anterior, el ingreso a la universidad modifica la comunicación y cohesión, en la medida en que se encuentran mayores temas de interés y de conversación y, por ende, probablemente aumentan cuantitativa o cualitativamente los espacios y tiempo familiares:

Abora cuando hay charlas pueden ser más variadas que las que habían antes, porque antes era como que ¿cómo va el colegio? y uno dice bien y ya; en cambio ahora que como va la universidad y uno empieza a hablar de más cosas... porque uno siente más interés por esas cosas de la universidad y entonces uno quiere compartir ese interés...

De tal manera que, para el joven universitario, el ingreso a la universidad permite tener mayores temas de conversación, ya que se relaciona directamente con los intereses propios del núcleo familiar. La dinámica familiar, en ese sentido, cambia en comparación con etapas anteriores, como es el caso particular del colegio:

Él se abrió un poquito más, porque siempre ha sido muy cerrado, es muy bueno con sus amigos pero en la red familiar ha sido muy cerrado, se nota que cambió muchísimo, o sea, el cambio del colegio a la universidad es muy grande, pero no por las decisiones o por lo que estamos hablando sino por su dinámica personal.

Como lo menciona el padre de este relato y como un punto central de este capítulo, si bien se refiere a cambios personales que modificaron su comunicación hacia la familia, es importante recordar que cuando se habla del sistema familiar, se habla de una relación directa e inseparable entre cambios a nivel individual y grupal. Respecto a este punto es importante resaltar que el ingreso a la universidad cambió las actitudes del joven positivamente, por los niveles de motivación que se manejan:

Desde que estoy en la universidad llego más motivado, yo con ellos compartía muy poquito. [Esto] ha cambiado porque llego más motivado a contarles: "pasó esto..."; yo creo que la comunicación mejoró, aunque son más reducidos los espacios.

En ese sentido cambia el compartir familiar; sin embargo, se reconoce una alteración en la dinámica relacional de la familia, que tiene que ver con la reducción de los espacios, tal como se verifica en todos los relatos. De igual manera, se encuentra que para los jóvenes mantener ese compartir y la comunicación es un punto importante para evadir posibles conflictos familiares:

Coincidiendo con los cambios que se producen en el desarrollo al final de la adolescencia, el acceso a la enseñanza superior enfrenta a los jóvenes a numerosos desafíos, como la separación de la familia y las exigencias de mayor autonomía (Braxton, Bray & Berger, 2000).

En ese sentido, los cambios relacionados con la individuación tienen que ver justamente con la autonomía e independencia, punto central y tarea fundamental de la etapa por la que se encuentra atravesando la familia; tal como lo muestra el siguiente relato de una abuela, la independencia es un punto central.

No es justo que una persona esté tan dependiente de otra, que ella sepa tomar sus propias decisiones, que no se desenvuelva sola porque eso le da a uno susto de que ella no progrese como persona, como estudiante.

El relato evidencia que para el núcleo familiar de una joven universitaria, un punto central es su dependencia del sistema ya que, tal como lo dice, el ingreso a la universidad tiene que ver con el paso hacia la vida adulta, a ser considerada parte de la sociedad:

Entonces ya la independencia de ella es a tal punto que ya no es la niña con la que teníamos que andar mamá y yo con ella todo el tiempo. No, ya no; ya es independiente total.

El joven universitario, en su núcleo familiar, empieza a ser comprendido como un adulto en el sistema, dejando de lado su versión infante y de niñez. Girón Sánchez y Rodríguez (1999) indican que, durante la época de la adolescencia y la emancipación del joven adulto que coincide con el ingreso a la universidad, el sistema familiar entra en una crisis donde el establecimiento de límites, se vuelve fundamental a la hora de relacionarse, pues la individuación es un proceso por el cual el joven llega a establecer límites frente a los miembros de la familia.

Tal como lo menciona la madre de este relato, el joven empieza a expandir su mundo de relacionamiento, proclamando nuevos espacios diferentes a su familia:

La entrada a la universidad implica que ellos ya se van abriendo un poco de la familia... tengo que reunirme con mis compañeros, tenemos el colectivo... tenemos aquello otro..

El ingreso a la universidad supone que el joven empiece a interactuar con otros sistemas. El establecimiento claro de los límites es una parte fundamental de todo ese proceso, pues se trata de mantener unido al sistema familiar sin dejar de lado la individuación y emancipación:

Él tiene cuatro espacios muy claros *en los cuales se mueve: amigos de Manizales, familia, novia y amigos de universidad y eso me parece muy bien porque es lo normal en esta etapa.*

El padre de este relato reconoce los espacios en lo que se desenvuelve el hijo, relacionándolo como algo normal de la etapa de adolescencia y emancipación. Los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, “en tener libertad para construir su propio mundo y en particular lo relacionado con las amistades, las salidas del hogar y el uso del tiempo libre” (Jiménez, 2003, p.81).

Lo anterior muestra un cambio que se presenta en la dinámica familiar relacionado con la individuación, que tiene que ver justamente con el permitir, comprender y aceptar nuevos niveles de interacción en el cual se encuentra sumergido el hijo/a. Esto quiere decir que la familia como sistema empieza a flexibilizarse para permitir así el despliegue de los hijos/as.

En este punto, Jiménez (2003) coincide definiendo que la individuación se logra no solo cuando el hijo/a comprende que puede prescindir de sus padres, sino también que los padres pueden prescindir de ellos. En ese sentido, se pone en juego el reconocimiento y aceptación no solo de separación, sino también de diferenciación y autonomía de todo el sistema familiar:

Le hacemos seguimiento, nos interesa saber quiénes son sus amigos, con quién está, quién es su pareja, nos interesa saber quién es su círculo más cercano... aunque eso sí... con mucho respeto por sus espacios...

Como lo muestra este relato, se encuentra en las familias un aspecto fundamental a la hora de hablar de la individuación y emancipación. Se pasa de un actuar más directivo por parte de los padres, a un seguimiento respetuoso, como parte importante de la tarea parental frente al proceso de individuación del hijo.

Al respecto, Jiménez (2003) menciona que cuando los hijos nacen son frágiles e incapaces de valerse por sí mismos y es por esta razón que en su proceso de crecimiento, ellos pasan de una dependencia absoluta a una mayor autonomía. Esto les permite sentirse diferentes del otro y, en el mismo sentido, ser reconocidos y reconocer al otro. El testimonio de esta madre así lo refleja:

Al principio, cuando entró el primer día de la universidad decía: “mami, acompáñame, yo no voy sola”. Me tocó quedarme con ella hasta que llegara el profesor... pero no, ya se encuentra hablando con sus compañeros y formando parte del

ambiente de la universidad, que es muy distinto obviamente al colegio, entonces ya [es] totalmente independiente de mí

Se pasa pues de niveles de cohesión amalgamada, características de familias sobreprotectoras, a niveles de cohesión en los cuales el joven busca ser reconocido y autónomo. El joven universitario necesita tocar los límites en la familia, pues forma parte de un proceso de tanteo de sus capacidades; tocar los límites o transgredirlos tiene una utilidad fundamental: obtener espacios cada vez más amplios para el desarrollo de las propias competencias y, en consecuencia, iniciar el cambio adaptativo en la familia (Girón, Sánchez y Rodríguez, 1999). Como se ve en el siguiente relato de una madre, es notorio el tránsito de los jóvenes de niveles de dependencia a mayores niveles de autonomía:

*Entonces cuando yo ya empecé a notar a medida que fueron pasando los meses el primer semestre que ella fue empezando a **hacer sus cositas solas, ya no me preguntaba a mí, ya no me pedía ayuda; entonces eso me parecía muy bueno, porque me ha parecido que la universidad definitivamente es como la herramienta o el ambiente que me ayudó a que ella sí se independizara de mí.***

La madre atribuye a la universidad un espacio fundamental a la hora de posibilitar mayores niveles de independencia y autonomía para su hija y la adaptación a estos nuevos espacios como un proceso gradual, reconocido por la madre como importante y necesario en el proceso de maduración de la hija. La dinámica familiar cambia, pues se modifican los niveles de cohesión, límites y comunicación tanto intra como interfamiliar.

Junto con Jiménez (2003), se encuentra que en relación con la individuación, el proceso de transición a la universidad implica un movimiento simultáneo tanto de hijos/as como de padres, en el que se producen ajustes en pro de las nuevas necesidades, tanto de los jóvenes en su proceso de individuación, como en el equilibrio de la afectividad, comunicación y cohesión familiar que toman diversas modalidades. En algunos casos, el tránsito del hijo/a a la universidad resulta más favorece que en otros.

“Confío mucho en él... confío mucho en su criterio...” Los cambios en los niveles de protección y confianza, tal como lo menciona Moujan (citado en Barg, 2004). **tienen que ver con un periodo familiar donde la dificultad está en dar libertad con los límites necesarios, ya que los jóvenes quieren ser libres, pero también necesitan sentirse cuidados y controlados:**

*En ocasiones caigo como en depresión, entonces **yo siempre busco como el afecto de mis papás**. Por eso yo digo que soy muy dependiente de ellos, porque cuando estoy así me siento muy sola, y como son con los únicos que yo me hablo pues busco es el afecto de ellos.*

El relato de esta hija permite entrever que, aunque se encuentra en un periodo característico de individualidad y búsqueda de la emancipación familiar, la joven aún busca y conserva los lazos afectivos de su familia. Es necesario tener presente que cuando se habla de protección y confianza familiar se habla en una doble vía en la que tanto padres como hijos se ven involucrados. La hija, para este caso particular, es quien busca y requiere la protección de su familia; a la vez, sus padres necesitan protegerla.

***Yo sé que ella mantiene muy preocupada** y me pregunta “a qué hora sale” y yo le digo “más o menos a tal hora”, y **si veo que a esa hora me voy para otra parte, la llamo** y le digo “ya salí, me voy para tal parte, me demoro”, para que ella sepa que no le pasó nada a “la niña”.*

Este testimonio es una muestra de cómo no solo es la madre quien mantiene al tanto de las actividades de la joven; sino también cómo la hija manteniendo límites familiares claros define una individuación equilibrada, puesto que al preocuparse la madre ella opta por mantenerla al tanto de sus actividades; sin por eso sentir que está siendo controlada y supervisada.

Los padres, en ese sentido, controlan a sus hijos/as como mecanismos para disciplinarlos, pero también están motivados por el temor que experimentan frente a su crecimiento (Jiménez, 2003). La etapa universitaria, relacionada con la adolescencia y la emancipación del joven adulto, lleva consigo una eminente crisis en el sistema familiar. Como lo muestra una abuela en su testimonio, los miedos y preocupación son algo persistentes en la vida familiar:

A mí me da miedo que hay tantos peligros en todos lados, de vicio, de muchas cosas que le pueden inculcar...

La abuela reconoce que el llegar a la vida universitaria y a la etapa en la cual se encuentra su nieta, se enfrenta a diferentes situaciones consideradas riesgosas y peligrosas; sin embargo, uno de los cambios en la dinámica familiar en relación con la comunicación y la cohesión, la protección y confianza familiar, tiene que ver justamente con el nuevo estatus que adquiere el joven, donde su punto de vista y acciones son consideradas importantes:

*... sin embargo **ella sabe analizar** mucho en cuanto a vicios, ella me dice “no, abuela, yo pongo mucho cuidado en eso porque las ciudades son muy peligrosas y lo pueden enredar a uno”, a eso más que todo también le tenía temor cuando entré a la universidad.*

Teniendo presente los aportes de Girón, Sánchez y Rodríguez (1999), se comprende que la etapa de la adolescencia y la búsqueda de la emancipación familiar es, pues, una etapa de importantes cambios desestabilizadores, ya que se prepara la salida organizativa y emocional de uno de los miembros de la familia, y esta debe estar dispuesta a ello; debe existir un equilibrio entre explorar lo novedoso y mantener la seguridad de lo conocido. El siguiente relato permite ver lo mencionado por estos autores:

***Ya en la universidad pues son un poco más flexibles**, ya entienden, pero de igual forma se preocupan mucho, me llaman, o cuando me quedo a almorzar, que me vaya a compartir con ellos un almuerzo.*

El joven puede crecer en la medida en que se mantiene vinculado a su familia de origen y el grupo familiar permite su diferenciación. Lo anterior, aunque parezca simple y fácil de comprender, es uno de los mayores retos de la familia puesto que, como lo menciona el testimonio de una hija, pese a que se presenten mayores niveles de independencia y nuevas responsabilidades, la familia puede seguir con viejas pautas:

***Yo me siento más independiente y con más responsabilidades, pero también me siento muchas veces controlada** como que **no confían en mí**, entonces eso me molesta por que yo veo que mis compañeros...los padres no les dicen eso, antes ellos los llaman a ellos y les cuentan, entonces veo esa diferencia entre las familias.*

Para esta joven, las acciones de sus padres tienen que ver con la desconfianza que le tienen; de lo que se podría deducir que los padres apenas están avanzando en la confianza en relación con el criterio y la toma de decisiones sobre la vida que tiene la hija, es decir, los padres pueden considerar que ella no tiene las herramientas para afrontar la nueva situación. Sumado a lo anterior, se encuentra la comparación que hace la hija frente a su grupo de pares, ya que es necesario recordar que son una parte importante de su ciclo vital.

Las fuerzas que se oponen serán, por un lado, la necesidad de los padres de mantener el control, y por otro, la presión del joven para cambiar y tener más espacio (autonomía, libertad). Para los padres, esta puede ser una situación difícil que represente una pérdida de los límites pautados; el joven se encuentra, pues, entre ser considerado un adulto pero también entre no encontrarse en una relación horizontal con sus padres, al no poder ejercer su autonomía y toma de decisiones:

Él va aprendiendo a manejar sus propias responsabilidades, pero *es maluco porque igual ya se va sintiendo más grandecito* y entonces ya va queriendo tomar una postura de que ellos quieren hacer lo que ellos quieran.

Siguiendo adelante con los cambios en la protección y la confianza familiar, es importante mencionar que si los padres son figuras de apego seguras, el adolescente tiene más facilidad para explorar su competencia y autonomía (Girón et al., 1999). En sintonía con lo anterior, se muestra el testimonio de un padre.

*Yo soy un poquito más flexible, digamos que **confío mucho en él, confío mucho en su criterio** y en su forma de pensar; eso se lo respeto mucho. Considero que es una persona responsable y se contextualiza en ciertas situaciones.*

Posiblemente en la medida que los padres consideren que sus hijos/as tienen las herramientas para afrontar la experiencia universitaria, irán permitiendo su despliegue. La protección y confianza familiar, en esa medida, se modifica con el ingreso del hijo/a a la universidad pues esta, en la mayoría de los casos, adopta un estatus diferente.

El relato del padre posibilita evidenciar que, si bien los niveles de control y protección familiar continúan frente al joven universitario, es indiscutible que empiezan a jugar un papel importante en la claridad de los límites, en los cuales se respeta y se reconoce que la manera de abordaje debe ser diferente, en este caso, desde el respeto.

Sin embargo, no es la misma condición para todas las familias participantes de la investigación. En otras, la madre reconoce, por un lado, que debe seguir con pautas de interacción que traía de antes, para “cuidar” a su hijo, pero a su vez reconoce que para el joven esto es difícil en relación con el entorno universitario; un entorno que supone mayores niveles de independencia, autonomía y libertad:

Yo cuido lo que es mío y lo que me ha tocado, yo no puedo dejar a mi hijo yo tengo que saber dónde está, con quién está ... yo sé que para él es muy difícil de pronto en la universidad, porque a mí me toca asumir ese rol.

El recorrido por este componente permite identificar diversos matices en relación con los cambios que se presentan en las familias donde el hijo/a mayor ingresa a la universidad, sus tensiones y dificultades en relación con la protección y confianza familiar, en los que los padres se muestran comprometidos con apoyar al joven en su proceso universitario, desde distintas posturas. Por un lado, se identifica el control y vigilancia en la que, para los padres, resulta una experiencia llena de peligros; por otro lado, están los que confían en el joven a partir de su

formación y capacidad para desarrollar una experiencia universitaria exitosa. Los jóvenes, por su lado, viven la tensión entre la necesidad de desligarse y construir los criterios propios desde los cuales conducir su vida, en condición armónica con las expectativas familiares, en el sueño de convertirse en profesionales.

“El cambio fue como emocional”. La afectividad es un componente de la naturaleza humana y, por lo tanto, una necesidad que según sea desarrollada, marcará el accionar del individuo (Sánchez, 2006). El afecto puede ser visto como una forma de relación que se construye desde el cotidiano, en el marco de unas creencias, valores y costumbres. Por tanto, la familia no es solamente un grupo de personas que conviven y comparten vínculos de sangre y apellidos. Es también, como menciona Martínez (citado en Crespo, 2011), un espacio donde las relaciones entre los miembros tienen un profundo carácter afectivo y son las que marcan la diferencia respecto de otro tipo de grupos.

En esa medida, los cambios en la comunicación y cohesión relacionados con el concepto de afectividad tienen que ver con aquellos cambios que se presentan en las formas de relación desde lo cotidiano, desde la cercanía emocional, el apoyo y la cohesión (Rivera, 2005).

Es posible encontrar, en la mayoría de los relatos, que la etapa universitaria trajo consigo un acercamiento afectivo de la familia. El siguiente relato ejemplifica lo anterior:

Anteriormente era muy separada de lo que hacía mi papá; ahora él me dice “hija, ayúdame con estas cosas”. Yo le colaboro en lo que necesite.

Las relaciones de afectividad se modifican por una mayor cercanía emocional, donde padre e hija, que anteriormente se encontraban separados, empiezan a construir una relación más cercana. Dicho compartir también es expresado por una madre que presenta el siguiente testimonio:

Yo pienso que ahorita compartimos más... ella tiene más consideración conmigo, está pendiente. Cuando trasnocho en mi trabajo, encuentro en mi nochero arepita con huevo; ella me lo deja ahí, yo siento que es diferente.

Para la madre, la relación afectiva existente con su hija cambia desde aspectos cotidianos y sencillos como dejarle preparado el desayuno, lo cual toma un sentido de consideración para ella. Al respecto, también menciona que:

*En este momento en la moto me lleva, me trae, que mamá tal cosa, como para que uno no se aburra. **Me parece que es más pendiente**, “mamá, llego tarde, estoy haciendo tal cosa”; de verdad, es diferente. **Compartimos más ahora que antes**”*

La entrada a la universidad hace que la hija muestre una mayor consideración con la madre y se cimienta una mejor relación afectiva. En algunas familias se encuentra que el ingreso a la universidad cambia positivamente la dinámica familiar relacionada con el afecto existente entre ellos:

***El cambio fue como emocional**, pues muy contentos porque **la universidad es un paso grande...Eso fue como alegría como orgullo** y la primera pues mi hija en la universidad y de verdad que es un orgullo.*

La universidad adopta un significado para el núcleo familiar, que cambia aspectos de la vida afectiva, como es la implicación del orgullo, del reconocimiento del otro. Como se mencionó al principio de este apartado, la afectividad se construye desde diferentes aspectos; entre ellos, el marco de creencias; estas tienen que ver con la connotación que trae social y familiarmente la universidad, como una condición para el ascenso social sumamente importante.

Asimismo, se encuentra que el ingreso a la educación superior guarda relación con el acercamiento a figuras ausentes, es decir, que antes no se encontraban continuamente en el relacionamiento del núcleo familiar. Como lo muestra el siguiente relato de una hija, el sistema familiar como tal concibe y percibe el cambio en la afectividad:

***Algo chévere que sí paso con la entrada a la universidad es la relación con mi papá**. Es que nosotros no nos hablábamos hace muchos años y yo empecé a acercarme... incluso mi hermanita dijo: “¡veee!... desde que usted entró a estudiar a la universidad, mi papá está más pendiente de nosotras...”*

Para el sistema familiar, la universidad posibilita un acercamiento del padre, que modifica la comunicación en el sentido de la nueva interacción y la cohesión por la cercanía familiar. En esa medida, el apoyo percibido como parte de la afectividad tiene que ver con un apoyo económico pero también afectivo; como se señaló, se trata de una necesidad básica del sistema familiar. Así lo menciona esta abuela:

***Desde que ella entró a la universidad apareció el papá para apoyarla económicamente, pero para ella lo más importante ha sido la parte afectiva**; ella está muy contenta. Ella me dijo “abue’, mi papá me está dando mucha ayuda económica para la universidad, pero lo que yo más anhelaba era lo afectivo, que mi papá me felicitara, que mi papá me diera un abrazo...”*

La afectividad es un eje transversal en todos los cambios familiares, ya que implica la cohesión. Desde los aportes teóricos es entendida como el vínculo emocional donde se incluye cercanía y compromiso familiar. Se evidencia un papel actual del padre con su hija desde el apoyo económico y afectivo, tiempo compartido, proximidad y satisfacción de las relaciones en el núcleo familiar, desde la necesidad evidente de la joven de un “abrazo” y de ser “felicitada”.

Asimismo, se evidencia otro cambio en la dinámica familiar que tiene que ver con el acercamiento afectivo de la red familiar extensa. Como lo muestra el siguiente relato, el impacto del ingreso a la universidad modifica patrones de relacionamiento tanto en el sistema nuclear como en el sistema extenso:

Desde que ella empezó a estudiar en la universidad, los abuelos comenzaron a venir una vez a la semana, y ella (la abuela) llega y empieza: “necesito ver la niña... llámela a ver si ya viene”

Otro tipo de cambio a nivel afectivo, relacionado con la comunicación y la cohesión, tiene que ver precisamente con la etapa que atraviesa el sistema familiar, la cual se ve enfrentada a un punto donde el adolescente consolida su intimidad, es decir, la necesidad de reservarse para sí mismo cierto tipo de pensamientos, fantasías, sentimientos o actos que no pueden o deben ser conocidos o compartidos por otras personas de la familia o solo por las que el joven quiere (Girón, Sánchez y Rodríguez, 1999).

Para unas familias, este paso supone perder al otro y desapegarse, lo cual fácilmente puede llegar a dañar las relaciones. Cabe anotar que el interactuar es una parte fundamental del núcleo familiar, puesto que lleva al sentirse amado, respetado y reconocido, lo cual potencia la satisfacción personal y familiar. Particularmente para un padre, este proceso ha sido sumamente complejo, como lo deja ver su relato:

*Y es que los hijos llegan y se ponen a estudiar y llega uno y ni siquiera el saludo, no salen del sitio de donde están estudiando... “papá... -pico- bueno, cómo te fue y vuelvo, mira: estoy estudiando, con permiso”, y siguen estudiando como si no hubiera llegado nadie... Son como muy metidas en este aparato y en todas las cosas de la universidad y **uno se va sintiendo como tan solo... Se ha alejado demasiado.***

El relato anterior permite ver que la afectividad no solo representa una esfera simbólica, sino que también se ve relacionada con conductas que para los padres supone sentirse queridos y valiosos. En ese sentido, para el padre la separación es un punto difícil de toda la etapa que se está atravesando:

Yo creo que lo que más me afecta como padre es el aislamiento, la separación de lo que uno venía acostumbrado... pero yo digo que los muchachos deben ser más agradecidos con los padres, saberle llevar un cariñito o alguna cosa... Porque uno termina supremamente aburrido, es que yo temo que se presente algo que nos separe y eso no lo quiero.

Cuando los hijos crecen, los padres y las madres se enfrentan al hecho de quedarse solos y en ocasiones comienzan a cuestionar el sentido que le han dado a sus vidas (Jiménez, 2003). Para el padre, posiblemente la búsqueda de individuación de la joven ha traído consigo repercusiones en su relación; su mayor miedo tiene que ver justamente con el separarse.

Asimismo, puede verse en el siguiente testimonio que la afectividad es modificada dada la disminución del compartir; padre e hija reconocen las dificultades que ha traído consigo el ingreso a la universidad:

*... por las noches cuando él llegaba, que yo estaba en el colegio le servía la comida, y eso le gustaba a él, entonces **cuando yo ingresé a la universidad no puedo hacerlo y como a él que le gusta que lo atiendan entonces le duele eso de mí...***

Para esta familia en particular, los mayores cambios acarrear cambios afectivos, ligados a la reciprocidad, al compartir y al apoyo que cada uno siente. La falta de apoyo percibido es pues una modificación importante que se presenta en la dinámica de una familia, puesto que modifica los niveles de relacionamiento y afectividad, como se muestra en el siguiente testimonio:

*Como tengo tantos problemas con mi papá, no ha cambiado mucho como mis emociones, **mi papá no me apoya** entonces yo tampoco siento como que nazca que abrazarlo.*

Para esta familia particular, la forma de relacionarse y los cambios presentes se encuentran mediados por otros asuntos y se fortalecen con el ingreso a la universidad. Padre e hija adoptan posiciones en donde se juega la afectividad, la comunicación, la cohesión y los límites.

2.3 ¿Quién hace qué?: roles y funciones

Para hablar de roles familiares es necesario tener presente el contexto en el cual estos se desarrollan, los aspectos culturales, socioeconómicos y el período histórico. El rol es un elemento que demarca el estatus o posición entre los miembros de la familia; es un vínculo que el individuo posee para comunicarse y enfrentarse con el mundo cumpliendo con diversas funciones, deberes y derechos que han sido

introyectados en el núcleo familiar y social durante el desarrollo bio-psico-social de todo individuo (Salomea, 2002).

Por otro lado, autores como Uribe (2012, p. 69) definen los roles como

un conjunto de asignaciones relacionadas con la forma de ser, de sentir y de actuar, que un grupo social, señala a las personas que lo componen y a la vez, es la forma como esas personas asumen y expresan en la vida cotidiana esas asignaciones.

Por tanto, los roles son siempre necesarios para estructurar las relaciones familiares, puesto que son “usados continuamente como proceso para ordenar la estructura de las relaciones dentro de la familia” (Quintero, 2004, p.101). Los roles son asignados en virtud de la posición de los miembros en los subsistemas. Indiscutiblemente, el concepto de rol se liga con el concepto de poder, pues tradicionalmente se han atribuido formas y grados de poder diferente a los miembros de la familia (Consejería de Salud y Servicios Sociales, 2003).

Así pues, el rol es el comportamiento esperado de una persona que adquiere un status particular (Viveros y Arias, 2006). Un rol o papel es la conducta esperada de un individuo al interactuar con otros miembros de la sociedad. Es, por lo tanto, un patrón o modelo de conducta que se caracteriza y se espera de una persona, la cual ocupa cierta posición dentro del grupo y en un determinado contexto (Membrillo, Fernández, Quiroz y Rodríguez, 2008).

La posición de un individuo depende del rango que ocupa y de la posición que le conceden los demás. En este sentido, los roles son acciones que el sujeto efectúa para validar su propio rango dentro del nivel jerárquico planteado por su sistema familiar. De lo expuesto, se puede considerar que todos los miembros del grupo familiar asumen una variedad de roles, cuya integración depende de que la familia realice sus tareas con éxito y la funcionalidad de su consistencia interna (Membrillo, Fernández et al., 2008).

En este sentido, la dinámica familiar se puede interpretar como los encuentros entre las subjetividades, mediados por una serie de normas, límites, jerarquías y roles, entre otros, que regulan la convivencia y permiten que el funcionamiento de la vida familiar se desarrolle armónicamente (Gallego, 2011). Para ello, es indispensable que cada integrante de la familia conozca e interiorice su rol dentro del núcleo familiar, lo que facilita en gran medida su adaptación a la dinámica interna de su grupo.

El concepto de función, por su parte, alude a dos objetivos: uno, de carácter interno, que implica la protección psicosocial de sus miembros; el otro, externo, que hace referencia a la acomodación a una cultura y la transmisión de dicha cultura. Este concepto ha sido abordado desde las funciones paternas en su mayoría, denotando relación, con la organización y la estructura familiar, específicamente con dos funciones principales: el amor y la autoridad. Ambas se interrelacionan y complementan mutuamente; al ser funciones básicas deben ser satisfactorias por y para todos los miembros de la familia, pero no pueden ni deben ser realizadas por y para todos los miembros del mismo modo ni en igual medida (Maganto, 2004).

Las diferencias sexuales y generacionales a saber, en palabras de Maganto (2004), marcan notablemente diferencias entre las distintas personas que forman el sistema familiar. La autoridad y amor ejercidas por los padres hacia los hijos no son reversibles en el mismo grado y manera, aunque estas funciones deban ser compartidas. Las diferencias de edad entre los hijos también obligan a los padres a establecer diferencias en el modo de ejercer las funciones básicas de amor y autoridad.

El ejercicio de estas funciones exige modificaciones a través del tiempo, pues necesariamente deben ser ajustadas en cada momento al crecimiento y desarrollo evolutivo de los miembros que componen el sistema familiar (Mestre, Samper, Tur y Díez, 2001). Para este caso particular, dichos ajustes se encuentran relacionados con la etapa de la emancipación del joven adulto y específicamente en la adolescencia, puesto que la familia está en un proceso evolutivo; un “adolescente” es una familia que está en crisis y en constante cambio.

La toma de conciencia de la irreversibilidad de la vida en todos estos ámbitos hace que la crisis afecte a todo el sistema familiar, o en ambos miembros de la pareja. A su vez, es posible que los hijos estén pasando una etapa adolescente, lo que supone una nueva fuente de crisis, ansiedad en la educación e inseguridad (Maganto, 2004).

Mientras esta etapa se atraviesa, mencionan al respecto Serrano y Miguel (citados en Maganto, 2004), la familia y en concreto los progenitores se ven envueltos en una dinámica compleja de autoridad, que no es equiparable a la vivida en décadas anteriores. En la actualidad, a nivel social y cultural, el ejercicio de la autoridad franquea una marcada crisis que afecta inevitablemente al sistema familiar. Los padres no saben cómo, cuándo ni por qué establecer unos límites a los adolescentes. Este es, por consiguiente, uno de los aspectos que conflictúa el sistema familiar y crea problemas en este momento evolutivo.

Sin embargo, en la familia nace una serie de pautas que hacen parte de los roles y funciones que tienen las familias; estas se conocen como reglas y normas, las cuales según Yepes & López (2014, p.83) “Están constituidas en el eje de la socialización ampliado aspectos que contribuyen a la formación humana y el establecimiento de pautas de vida en común, lo que permite que la familia reconozca las normas, reglas y derechos que están dentro y fuera del entorno familiar”.

2.4 Cambios en los roles y funciones familiares con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

En relación con los cambios en los roles y las funciones en la dinámica familiar, se identifican cuatro componentes: las tareas domésticas, el cuidado de otros miembros de la familia, las responsabilidades personales y las funciones parentales.

Con respecto a las tareas domésticas, por un lado se denota mayor sentido de responsabilidad del joven frente a oficios domésticos, sin que la experiencia universitaria opere como un obstáculo, sino por el contrario, como la oportunidad de avanzar en madurez y sentido de solidaridad frente al grupo familiar. Por el otro lado, los oficios domésticos que antes el joven asumía, ahora son relegados a otros miembros, bajo la explicación del joven de escaso tiempo por las responsabilidades académicas.

Los cambios en el cuidado de otros miembros de la familia se refieren justamente a la nueva etapa por la que atraviesa el sistema familiar; puesto que en su mayoría se entrevé que el proceso del joven universitario acarrea prioritariamente su tiempo. Esto lleva a que las labores de cuidado y/o acompañamiento a otros miembros de la familia se relegue frente a la nueva vivencia.

Por su parte, los cambios relacionados con las responsabilidades personales se ubican en asuntos propios de la etapa de la adolescencia y la emancipación: La experiencia universitaria marca un punto de inflexión en la apropiación que hacen los jóvenes de sus responsabilidades y en la necesidad de asumir por cuenta propia su proyecto de vida en relación con la formación académica. Resulta interesante que los jóvenes muestran una clara tendencia a la autonomía y madurez cuando son capaces de reconocer las necesidades y perspectivas de otros miembros de su familia, en el esfuerzo que hacen, no solo por los asuntos domésticos, sino también en el apoyo económico que hacen sus padres para que él pueda avanzar en sus sueños y aspiraciones de convertirse en un profesional.

Por último, los cambios en las funciones parentales están íntimamente vinculados con cambios en el joven que, aunque aparentemente se ubican en

el orden de lo individual, tienen una repercusión importante en las funciones parentales y en la relación entre padres e hijos/as. Para los jóvenes, la experiencia universitaria significa la oportunidad de avanzar en sus procesos de madurez en asuntos como la responsabilidad y la autonomía, de tal manera que a los padres les impele transformar sus estilos parentales desde un estilo de control a otro de acompañamiento, en donde buena parte de las funciones que antes desempeñaban con los hijos/as son transformadas hacia otras lógicas.

Teniendo presente lo anterior, para comprender el presente capítulo se deben abordar someramente los conceptos de dinámica y rol. Según Vivero y Arias (2006) y Vivero (2010), las dinámicas internas de las familias son aquellas condiciones en las que emergen mecanismos de regulación interna, los cuales involucran el funcionamiento, las formas de interacción, las funciones y roles asignados. Oliveira, Eternod y López (1999) subrayan que dichos tejidos de relaciones y vínculos se relacionan directamente con la distribución de responsabilidades en el hogar, la participación y la toma de decisiones.

En este sentido, la dinámica familiar interpreta como aquel encuentro entre las subjetividades, las cuales están mediadas por una serie de normas, reglas, límites, jerarquías y roles entre otros, que regulan la convivencia y permiten que el funcionamiento de la vida familiar se desarrolle armónicamente (Gallego, 2011). Para ello, es indispensable que cada integrante de la familia conozca e interiorice su rol dentro del núcleo familiar, lo que facilita en gran medida su adaptación a la dinámica interna de su grupo.

Ahora bien, es importante comprender que las dinámicas que se gestan en las familias hacen parte de un ciclo vital, es decir, que las actividades que cada miembro realiza con el tiempo pueden ir cambiando y esto hace parte de una evolución normal. Como lo menciona Ríos (2005), el ciclo vital familiar es un proceso de evolución esperable en una familia; donde, como refieren García y Estremeros (2003), se presentan etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas específicas. Dentro de dichas tareas se pone en juego todo el componente de la dinámica familiar y, para este caso particular, el componente de roles y funciones.

El rol es un elemento que demarca el estatus o posición entre los miembros de la familia, es un mandato que el individuo posee para desempeñarse en los distintos ámbitos de interacción, donde cumple diversas funciones, deberes y derechos que han sido introyectados en el núcleo familiar y social durante el desarrollo bio-psico-social de todo individuo (Salomea, 2002).

Autores como Uribe (2012, p. 69) definen los roles como

Un conjunto de asignaciones relacionadas con la forma de ser, de sentir y de actuar, que un grupo social, señala a las personas que lo componen y a la vez, es la forma como esas personas asumen y expresan en la vida cotidiana esas asignaciones.

Por tanto, los roles son siempre necesarios para estructurar las relaciones familiares, puesto que son “usados continuamente como proceso para ordenar la estructura de las relaciones dentro de la familia” (Quintero, 2004, p.101).

Se podría decir que esta estructura de las relaciones familiares que menciona Quintero (2004) es dinámica en tanto que continuamente se transforma en razón del ciclo vital de la familia y de los cambios que empujan de manera particular cada uno de sus miembros. En esa medida, se asume que la entrada del hijo/a mayor a la universidad convoca una serie de ajustes a todo el sistema familiar, máxime cuando los roles y las funciones sufren una serie de reacomodos.

“De tareas domésticas ¡nada!”. Autores como Membrillo, Fernández, Quiroz y Rodríguez (2008) afirman que la posición de un individuo depende del rango que ocupa y de la posición que le conceden los demás. En este sentido, los roles son acciones que el sujeto efectúa para validar su propio lugar dentro del nivel jerárquico planteado por su sistema familiar. En relación con lo expuesto, se puede considerar que todos los miembros del grupo familiar asumen una variedad de roles, cuya integración va a depender de que la familia realice su tarea con éxito y la funcionalidad con su consistencia interna.

Con el propósito de conciliar la vida personal, familiar y laboral, en las familias se ha planteado el compartir las responsabilidades o que exista corresponsabilidad familiar. La distribución de las labores y las responsabilidades domésticas de forma equitativa y que impliquen por igual a todos los miembros del grupo familiar es un aporte para disminuir los niveles de estrés y de conflicto trabajo-familia (Rodríguez, Peña y Torío, 2010).

La apropiación de los hijos/as frente a las tareas domésticas no tiene el mismo significado para todos, ya que el cumplimiento de los deberes y la exigencias para algunos no dependen de ellos mismos, sino también de los padres. Por tal razón, los cambios del ingreso del hijo/a mayor a la universidad dependen muchas veces de las pautas de crianza propias de cada sistema familiar.

Tal como se enunció, se identifican dos énfasis: mayor apropiación y responsabilidad de los jóvenes frente a las tareas domésticas que le habían sido

asignadas de tiempo atrás y renuncia total de los jóvenes a estas responsabilidades. Respecto a este último, se denota que predomina en las familias pues la apropiación de las tareas domésticas son bajas debido a la nueva responsabilidad que el hijo/a está asumiendo, al estar en un nuevo contexto. A continuación se muestra un ejemplo de lo citado, en la voz de una madre que da cuenta de las nuevas funciones que la hija está teniendo:

Desde que entró a estudiar ya no tiene tiempo sino para la universidad, las tareas y descansar, de tareas domésticas nada (...) porque mantiene alcanzada de tiempo y de todo. ¡hija, hágame el favor ayúdeme a extender la ropa!, y ella dice: ¡nooo!, ¡no tengo tiempo!, ¡tengo trabajo!, ¡pum!, se encierra a hacer sus tareas.

Lo ideal en este escenario sería que existiera un equilibrio entre las diversas responsabilidades que un sujeto tiene, es decir, que se lograra un compromiso total en el desempeño de cada papel con una actitud de dedicación para responder de manera óptima en cada uno de ellas, lo cual traería beneficios para la calidad de vida de las personas. Así, se estarían evitando las consecuencias del conflicto de roles y la sobrecarga de tareas para otros miembros de la familia, con el consiguiente aumento de niveles de estrés, tensión psicológica, mayor deterioro de salud, entre otros (Frone, Russell y Cooper, citados por Riquelme, Aransazu y Jiménez, 2012).

Otros autores, como Bartutis (2007), explican que actualmente el ámbito educativo se relaciona con variables sociales, económicas, culturales y políticas que demandan mayor exigencias en la formación de los estudiantes. Dicha exigencia adquiere una connotación especial y compleja, pues requiere esfuerzos coherentes y coordinados no solo de la institución educativa sino también de las demás dimensiones con las que cuenta el universitario; entre ellas, el tiempo de que disponen para cumplir con sus tareas académicas.

Por tal razón se identifica que unos de los cambios principales a los que los estudiantes se ven enfrentados es a reorganizar sus tiempos y horarios en el proceso de adaptación a las exigencias académicas. Una de las hijas los manifiesta así:

Pues ahora yo mantengo más que todo en la universidad, entonces no me queda mucho tiempo para hacer lo de los oficios de la casa.

Los roles y las funciones en una familia son un comportamiento esperado de una persona que adquiere un estatus particular (Viveros y Arias, 2006). Los roles pueden convertirse en conductas esperadas de un individuo al interactuar con otros miembros de la sociedad; es, por lo tanto un patrón, un modelo de conducta que se caracteriza y se espera de una persona, la cual ocupa cierta posición dentro del grupo y en un determinado contexto.

Es por esto que las familias notan un cambio importante en la dinámica familiar, debido a que la nueva responsabilidad asumida por el hijo/a genera un cambio no solo en sus roles y funciones, sino también en su tiempo tras la cantidad de trabajos a los que están expuestos. En el siguiente testimonio de una madre se evidencia:

*la universidad le quita tiempo, pues **ya solo se dedica a la universidad**, pues igual él siempre ha ayudado con las cosas de la casa, entonces ya no, porque se va en la mañana regresa en la tarde o regresa en la noche, tiene horarios muy diferentes.*

Se entiende de esta forma que los roles alrededor de las tareas domésticas que antes cumplían los hijos/as son ahora reemplazados por otros miembros de la familia, bajo la comprensión de parte de los padres frente a las nuevas exigencias en tiempo que supone la experiencia universitaria. Sin embargo, esta situación no se presenta igual para todos los casos, pues, para otros jóvenes se genera una mayor apropiación de las tareas domésticas. Para los padres este acontecimiento está ligado a mayores niveles de responsabilidad que reconocen en el hijo y que lo atribuyen a su experiencia universitaria, como en el siguiente comentario de un padre:

Él desde que entró a la universidad se ha hecho más responsable cuida de las cosas de la casa en su habitación y es más atento a sus cosas (...) le gusta cocinar, entonces cocina para la familia para que nos reunamos todos.

Esta situación es reiterativa en otras familia en donde los padres, reportan que reconocen en sus hijos/as mayor apropiación frente a los roles que ejercen en la familia. Se entiende que el cumplimiento de las funciones depende de muchos factores; uno de ellos es el reconocimiento de una contribución al bienestar de todo el grupo.

Frente a esto, Ríos (2005) afirma que el joven empieza a percibir su nueva etapa como algo necesario para su desarrollo y es ahí donde empieza a crear integración entre la autonomía y la dependencia. El joven emancipado necesita ser autónomo para llegar a la toma de conciencia que le permite percibir que empieza a ser en “sí mismo” de manera más clara y diferenciada.

La emancipación tiene muchas fases, entre ellas está el nuevo conocimiento que parte de las responsabilidades asumidas en la universidad, ya que se presentan nuevas formas de aprendizaje no solo de manera intelectual sino personal; el sujeto empieza a crear mayor independencia, a generar más responsabilidades.

Un ejemplo claro es la apropiación de una hija frente al cumplimiento de las actividades domésticas. La narración es otorgada por una madre que explica la

apropiación que tiene su hija sobre los roles y las funciones que tiene en su casa, más allá de su condición de estar estudiando en la universidad:

ella los domingos ayuda a hacer el desayuno, también cuando viene temprano de la universidad hace el almuerzo; incluso, considero que es más la ayuda ahorita que entró a la universidad que antes.

Es por esto que en algunas familias los roles y las funciones se generan a través de la ayuda mutua, ya que permite el apoyo para la realización de ciertas actividades. Es relevante resaltar que algunos hijos/as poseen la facilidad del cumplimiento de los roles y las funciones independientemente de la exigencia que le den.

Sánchez y Osorio (2004) indican que los roles y las funciones pueden ser valoradas por algunas personas como esenciales en las interacciones familiares, puesto que estas definen para los seres humanos, una nueva forma de convivir y de crear estabilidad en las familias. La narración dada por un hijo acerca de los roles y funciones permite entender con mayor claridad lo dicho anteriormente:

yo empecé como por deseo propio a derivar con el aseo, eso ya se vuelve una costumbre, mi papá nunca me dijo que yo tenía que hacer eso... pues el todo el día trabajando y yo estando en la casa, pues uno sabe que más fácil lo hace uno, entonces se vuelve como costumbre de uno.

Pese a que el anterior testimonio no muestra claramente un antes y un después de las funciones y roles que se modifican en la familia, con la entrada del hijo/a mayor a la universidad está claro que con respecto a las tareas domésticas, se muestra una variedad interesante en razón de los cambios que se ubican en dos tendencias: una hacia un mayor sentido de responsabilidad del joven frente a oficios domésticos, sin que la experiencia universitaria opere como un obstáculo, sino por el contrario, la oportunidad de avanzar en madurez y sentido de solidaridad frente al grupo familiar. Por el otro lado, se identifica que los oficios domésticos que antes el joven asumía, ahora son relegados a otros miembros, bajo la explicación del joven de escaso tiempo por las responsabilidades académicas, para ocuparse de las tareas que antes desempeñaba.

“Ya ella no puede acompañarme”. En el orden de los cambios en los roles y funciones que se modifican con la entrada del hijo/a mayor a la universidad, está dado por el cuidado y/o acompañamiento de otros miembros. Riquelme (2012) indica que una de las responsabilidades que asumen los hijos/as es el cuidado frente

al cuidado de hermanos/as y/o adultos mayores, está relacionado con la limitación de tiempos de los padres que deben trabajar.

A partir del incremento de la esperanza de vida y la disminución de la fecundidad, se derivan algunas importantes consecuencias para la relación entre familia y envejecimiento. En primer lugar, el aumento de la esperanza de vida prolonga la existencia de los individuos en su etapa adulta y avanzada. En segundo lugar, la disminución de la fecundidad tiene efectos significativos, al reducir el número de miembros de la familia, potenciales dadores de apoyos (Riquelme, Aranzasu, Jiménez, 2012).

Este tipo de cuidados representa para la familia una base fundamental, ya que permite equilibrar las necesidades que habitualmente se encuentran. Cuando esto ocurre, la familia empieza a identificar sus cambios tanto de manera positiva como negativa, esto se logra evidenciar a través del testimonio de un padre acerca del cambio que se dio cuando su hijo no participaba del cuidado de su hermana, como antes sí lo hacía:

*Cuando estaba en el colegio, **debía cuidar** por la tarde y la noche a la hermanita, compartía mucho espacio con ella.... entonces él se encargaba de recibirla, de hacer la comida para los dos, **ahora ya no se puede ocupar de eso por los horarios de la universidad.***

Al decir de Riquelme (2012), estas tareas de cuidado han estado culturalmente asumidas principalmente por las mujeres, pero con su incorporación plena al mundo del trabajo fuera del hogar, ha implicado una readecuación de las funciones de cuidado entre otros miembros de la familia, en este caso de un varón.

La asignación de roles y funciones en la familia depende significativamente de las necesidades, que pueden ser compensadas a través de la función de cuidado que asumen los hijos/as; con la entrada a la universidad se altera de alguna forma este equilibrio que se había generado. Ortiz, Galvis, Moreno, Pinto, Pinzón, Romero y Sánchez (2006) al hablar de cuidadores familiares hacen referencia a las personas con vínculo de parentesco o cercanía que asumen la responsabilidad del cuidado o la compañía de un ser querido que requiera una ayuda.

Cuando se refiere al cuidado y la compañía es con el fin de comprender que los roles y las funciones que se asumen en la familia están ligadas no solo al cumplimiento de actividades domésticas, tales como lavar los platos, cocinar, organizar el cuarto, entre otras, sino que también se pueden cumplir a través del cuidado de un hermano o algún otro familiar, buscando generar en la otra persona una seguridad y un apoyo ante diversas situaciones.

En otra de las familias se encuentra que estas labores de cuidado también se dan para el caso de la abuela, que al igual que en el caso anterior, la joven no pudo seguir cumpliendo con la tarea de acompañamiento y apoyo; así lo manifiesta la abuela:

Ella me acompañaba siempre a mí a las citas, ya ella no puede acompañarme en muchas actividades... ella me dice “ay no abue hoy me toca trasnochar y me voy a quedar donde los compañeros haciendo un trabajo.

Desde la perspectiva del “ciclo vital”, las familias pasan por cambios en su composición y enfrenta distintas situaciones que, en el caso del cuidado de los ancianos, adquiere tareas diferentes, debido a que en esta etapa la obtención de recursos para satisfacer las necesidades y afectos puede provenir de fuentes no siempre asimilables a aquellas de las etapas anteriores del ciclo de vida. Esto es así porque a medida que avanza la edad, las necesidades y aspiraciones de las personas cambian y con ello las posibilidades del entorno para satisfacerlas. Así, el apoyo familiar gana importancia relativa, sobre todo entre los grupos con bajos ingresos y que no cuentan con apoyo institucional (Aguirre, 2007).

Por otra parte, en los países en desarrollo, donde el proceso de envejecimiento ha sido más rápido y reciente, las condiciones socioeconómicas históricas no han permitido instaurar medidas suficientes para cubrir las necesidades de esa población. En muchos de estos países, las personas mayores apenas reciben protección formal, salvo los jubilados y pensionados, que constituyen una minoría que ejerce sus derechos de manera relativamente eficaz.

El resto de la población de edad avanzada —debido a los insuficientes servicios de salud, el escaso acceso a los planes de pensión y la exclusión del mercado laboral formal— no participan de los mecanismos institucionales para satisfacer sus necesidades y dependen de su familia en la sobrevivencia cotidiana. Pero también recurren a otras expresiones de las redes sociales de apoyo, a fin de mantener vínculos afectivos, conservar información estratégica en la cotidianidad y, con todo ello, preservar cierta calidad de vida (Riquelme, Aranzasu, Jiménez, 2012).

“Más compromiso, más estudio, más dedicación...”. Los cambios en los roles y las funciones se vinculan con los cambios presentes en el joven, que aunque aparentemente se ubican en el orden de lo individual, tienen una repercusión importante en las funciones parentales y la relación entre padres e hijos/as.

La etapa de la adolescencia se caracteriza por cambios drásticos y rápidos en el desarrollo físico, mental, emocional y social, que provocan ambivalencias y contradicciones en el proceso de búsqueda del equilibrio consigo mismo y con la

sociedad a la que el adolescente desea incorporarse: “La adolescencia es una etapa decisiva en la adquisición y consolidación de los estilos de vida, ya que se consolidan algunas tendencias comportamentales adquiridas en la infancia y se incorporan otras nuevas provenientes de dichos entornos de influencia” (Pérez, Martínez e Inmaculada, 2009, p.5). Un joven pone en evidencia estos aportes de los autores a través del siguiente testimonio:

En las mañanas me levanto tiendo la cama o arreglo las cosas así para no dejar desorden, o sea, para como disminuir lo posible del desorden como para que mi mamá no esté pues como estresada y esas cosas.

Este joven pone en evidencia una disposición de contribuir con el bienestar de su madre y con el orden en general de la casa, como un compromiso cotidiano que asume, antes de ir a la universidad. Para los jóvenes, esta nueva experiencia académica es reconocida como una situación que les ha implicado cambios en diversos aspectos, no solo en la consideración por otros miembros de la familia, sino también con sus propias cosas, que incluso es percibido por sus padres cuando declaran sobre los cambios identificados en los jóvenes:

De pronto más compromiso, más estudio, más dedicación... ya no están pendientes que buscarle un profesor, que hay que acompañarlo, ¡nooo!; ya él mismo se despliega, ya él mismo va y compra sus cosas, o sea, ya hay muchas cosas que uno ve muy favorables.

Las experiencias narradas dan cuenta de los cambios representativos que se han generado en cada familia, los cuales se ven desde una perspectiva subjetiva, ya que cada uno de ellos reconoce desde su vivencia la nueva forma de vida que asumen en este nuevo rol, como consecuencia de la entrada a la universidad. El siguiente testimonio de un hijo muestra el paradigma de las responsabilidades que existían en el colegio y las nuevas responsabilidades en la universidad:

Ahora, en la universidad, yo siento que las responsabilidades son diferentes; es como de rendir, es como de ser consciente de que ellos están pagando, entonces quiero siempre tener una responsabilidad abí, estar pendiente del estudio, de las actividades que nos dejan, no hacer a un lado lo que hay que estudiar.

Todo lo anterior permite vislumbrar que, además de los cambios propios de la etapa de la adolescencia, la experiencia universitaria marca un punto de inflexión en la apropiación que hacen los jóvenes de sus responsabilidades y en la necesidad de asumir por cuenta propia su proyecto de vida en relación con la formación académica. También resulta interesante que estos jóvenes muestran una clara tendencia a la autonomía y madurez cuando son capaces de reconocer las

necesidades y perspectivas de otros miembros de su familia en el esfuerzo que hacen, no solo por los asuntos domésticos, sino también en el apoyo económico para que él pueda avanzar en sus sueños y aspiraciones de convertirse en profesional.

“Y ahora mis papás ya no están pendientes de mí”. Tal como se manifestaba anteriormente, los cambios en el orden de la autonomía y responsabilidad que van asumiendo los jóvenes como consecuencia de su entrada a la universidad, tienen implicaciones en la manera como los padres asumen sus funciones parentales. Se encuentra que ellos acompañan la etapa de sus hijos/as desde otra postura más confiada en las propias decisiones y su buen criterio.

Rodríguez (citado en Solórzano y Maldonado, 2006) muestra que los padres o quien cumpla su papel, tienen una responsabilidad fundamental en la formación de los hijos/as; pues la familia es la primera escuela; es el seno donde se forma la personalidad de los individuos y se adquieren las estructuras necesarias que le permiten el desarrollo de aptitudes, actitudes y valores. Sin embargo, la manera como los padres cumplen con esta función de formación tan importante para el sujeto tiene modificaciones en la forma como se realiza. En últimas, se hace énfasis en que la familia es considerada como la instancia mediadora entre el ser humano y la sociedad, ya que en ella se establecen las bases de su interacción con los demás, las cuales le permitirán identificarse y posteriormente definir su propia identidad. Gracias a esta interacción que se desarrolla en el núcleo familiar, los individuos se preparan para participar en sociedad.

Rodríguez (citado en Solórzano y Maldonado, 2006) también propone otro elemento adicional para considerar el cambio en la manera como se asume la parentalidad: la confianza que van ganando los padres en la preparación que van adquiriendo los hijos/as en el desenvolvimiento de otros escenarios sociales, tales como el mundo universitario. Una de las madres lo menciona de la siguiente manera:

*Pues cambian muchas cosas porque ellos se vuelven como más independientes, **ahora es uno, como en un acompañamiento más alejado** porque igual es él quien maneja sus horarios no están preguntando si él fue o no fue, no se está preguntando por las notas.*

Estas nuevas situaciones que se gestan en el ciclo vital de la familia producen cambios que hacen parte de un desarrollo transicional y de acomodo frente a los roles y funciones, no solo en el caso de los padres, sino también de los hijos/as. Un ejemplo de ello está en las siguientes versiones dadas por un hijo:

ahora mis papás no mantienen pendientes de mí, pues sí están pendientes, pero no como con el colegio que ellos mantenían pues yendo por las notas y preguntando uno como iba, ya eso se perdió.

Se comprende en esa medida, desde la mirada del hijo un cambio significativo para él, en lo que denomina “estar pendientes”, pues marca una diferencia sustancial entre el colegio y la universidad, al manifestar que anteriormente se preocupaban por las notas, el rendimiento académico y el cumplimiento de sus tareas. Estas situaciones varían con el ingreso a la universidad.

Se puede decir que en esta nueva etapa universitaria se modifican las responsabilidades de los padres, que pasan a ser delegadas en los hijos/as, posibilitando una madurez e independencia que hacen que el estar en una universidad se ha más una meta personal para el joven, en el que la familia opera como apoyo.

2.5 Acuerdos familiares: jerarquías, reglas y normas

Las reglas y normas se entienden como aquellas pautas explícitas o implícitas que orientan la vida de los integrantes de la familia, las cuales son establecidas con el fin de controlar el comportamiento de los sujetos a nivel intra y extra familiar, y definir las funciones y los roles que estos deben asumir en diversos contextos de desarrollo individual y social (Sánchez, 2007). Para Quintero (2004), *es en las reglas que se evidencia la expresión observable de los valores de la familia y la sociedad.*

A nivel familiar, las normas y las reglas guían el actuar respecto a lo debido o indebido a lo que debe ser y a lo que socialmente se acepta o se rechaza (Sánchez, 1995). Las reglas y normas en la familia posibilitan y legitiman que padres y madres ejerzan la autoridad.

Para Sánchez y Osorio (2004, p. 41), las normas son valoradas por algunas personas como esenciales en las interacciones sociales, puesto que estas definen para los seres humanos límites y parámetros de comportamiento conducentes al logro de una adecuada convivencia con las demás personas.

Las reglas y normas que gobiernan una unidad familiar y a cada uno de sus miembros pueden ser explícitas o implícitas. Estas deben de ser firmes, pero lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian. Las normas incluyen los patrones de interacción, la conducta considerada como apropiada, la privacidad y la autoridad dentro del sistema familiar (Dominici, 2003).

Es pertinente resaltar que las normas y las reglas son parte fundamental en el ejercicio de la autoridad, pero su manejo puede facilitar o dificultar las relaciones, o como lo menciona Sánchez (1995, p.35), “puede posibilitar o inhibir el crecimiento y desarrollo de cada uno de los integrantes del grupo familiar”.

El concepto aquí abordado no puede ser desligado de la etapa crucial en la cual se encuentra el núcleo familiar; una etapa caracterizada por la adolescencia, la emancipación del joven y adulto y el ingreso a la universidad. Al respecto, Girón, Sánchez y Rodríguez (1999) afirman que la familia se ve enfrentada a un momento donde el joven en su búsqueda de identidad y diferenciación, tiene la necesidad de transgredir las normas familiares.

Con la adolescencia cambian las normas que se habían establecido cuando los jóvenes eran niños y se requiere un nuevo proceso para definir las. Jiménez (2003) menciona que “las normas pueden ser impuestas por los adultos o negociadas, en una dinámica que cambia permanentemente de acuerdo con el tipo de autoridad y con las nuevas necesidades e intereses de los jóvenes” (p. 80).

Por tanto, las reglas y normas están sujetas indiscutiblemente a la distribución del poder en la familia, es decir, a la **jerarquía**, donde se destaca al miembro con mayor poder en la familia (Casas, 1994). En ese sentido, como lo menciona Trujano (2010), un sistema jerárquico es el que está formado por subsistemas interrelacionados, lo cual lleva implícitamente un concepto de nivel, que estará constituido por varios subsistemas. En este concepto no necesariamente se involucra la idea de subordinación.

La jerarquía, según Ludizaca (2013), está dada por las funciones de poder y autoridad que son distribuidos dentro de la familia. Por lo general, los padres son los que ejercen la autoridad sobre sus hijos; cada uno de los integrantes del sistema familiar sabe quién ejerce el poder y quién tiene el control, las jerarquías deben estar bien definidas, de no ser así, las interrelaciones familiares tienden a ser caóticas.

Minuchin (2003), por su parte, considera que una jerarquía clara es importante para la funcionalidad familiar. Todo sistema está jerarquizado y en ese sentido, la familia y la autoridad se distribuyen en varios niveles y se manifiesta de diversas formas en cada contexto.

Hablar de jerarquía lleva a pensar dos conceptos fundamentales: poder y autoridad. La autoridad en la familia, dice Maldonado (1995), es una condición temporal que finaliza cuando es necesario y las condiciones lo requieren; el poder, por otro lado, puede fundamentarse en la autoridad o presentarse sutilmente como aquel que se encuentra ligado al afecto.

La autoridad en la familia pretende establecer principios que rigen el diario vivir, en el cual se acatan normas, valores, reglas entre otros, que regulan el comportamiento de acuerdo con los parámetros establecidos (Jiménez, 2003). Para otros autores, como Galvis (2009):

autoridad no quiere decir dar órdenes no cuestionadas y autoritarias que responden solo al interés de los mayores. La autoridad en la democracia es firme y eficaz en la medida en que es razonada, es explicada y representa el interés de padres e hijos (...) se puede afirmar que la autoridad debe fijar límites y abrir posibilidades (p. 92).

Cuando los adultos son autoritarios y se empeñan en conservar sus formas de dominio e imposición, mientras los adolescentes discrepan de la forma como los padres y/o madres ejercen la autoridad, confrontan esa autoridad y presentan resistencias o se rebelan (Jiménez, 2003, p.100).

Teniendo en cuenta la jerarquía y la autoridad, cabe anotar que las familias que tienden a ser “rígidas y altamente cohesivas, puede[n] perjudicar la individualidad de sus miembros” (Vásquez, Ruiz, Álvarez, Mancilla y Suck, 2010, p.107). Esto muestra un ambiente familiar negativo donde los miembros tienen pocas destrezas sociales y mayor vulnerabilidad al medio.

En este sentido, en un ambiente familiar deteriorado por la rigidez y poca flexibilidad, la expresión emocional y la comunicación intrafamiliar se encuentran dañadas y los integrantes del grupo familiar tienen menor autonomía e interés por actividades culturales, religiosas y poca vida social (Vásquez et al., 2010).

En familias más flexibles se da la posibilidad de que sus miembros desarrollen mayor autonomía y confianza para vivir otro tipo de actividades, como las culturales, intelectuales y de orden social.

En estas familias, cuando las relaciones son democráticas la jerarquía se conserva sin mayor conflicto (Jiménez, 2003).

2.6 Cambios en las jerarquías, reglas y normas con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

En este apartado se muestran los cambios en la dinámica familiar con la entrada a la universidad, en el orden de las jerarquías, reglas y normas en un contexto del ciclo vital familiar correspondiente a la adolescencia y emancipación del joven.

En relación con la jerarquía se encuentran varios aspectos que se ponen en orillas diferentes para las familias; en un extremo se identifica que algunas familias

permanecen con una estructura familiar autoritaria, la cual, con la entrada del hijo/a a la universidad, no presenta cambios. En este sentido, se evidencia que a pesar de las nuevas exigencias y demandas del contexto universitario, dicho estilo permanece rígido en su jerarquía, limitando el desarrollo de la autonomía y la responsabilidad en sus hijos/as. Una de los elementos que aparecen como posibles explicaciones a esta estructura, está relacionado con las concepciones de los padres/madres frente a los hijos/as, considerándolos aún pequeños para la etapa en que se encuentran y, por lo tanto, el acompañamiento en relación con el que hacían en la etapa del colegio no cambia. Las decisiones tomadas por los padres/madres son las que priman en estas familias y la voz de los hijos/as no es fácilmente escuchada; finalmente, se identifica que en esta estructura autoritaria una invisibilidad de la responsabilidad de los hijos/as puesto, que la autoridad ejercida por los padres no permite que ellos exploren fácilmente su nueva realidad.

En el otro extremo, se encuentra una dinámica familiar con tendencia a la horizontalidad, en donde se da posibilidad al hijo/a para que desarrolle su autonomía y crezca en libertad; en esta horizontalidad, los padres reconocen la posibilidad al hijo/a para tomar decisiones autónomas. De este modo, cobra sentido otro hallazgo relacionado con una mayor libertad y responsabilidad de los hijos/as donde se evidencia que con la entrada a la universidad se hacen más conscientes de las cosas que ellos mismos deben hacer, establecen prioridades y en esta medida van desarrollando mayor autonomía.

Por otro lado, se encuentran familias flexibles con las nuevas circunstancias del universitario, a partir de las cuales concertan las reglas y normas como consecuencia de los adaptaciones que hace el sistema familiar. Lo anterior es posible gracias a la comprensión que hacen los padres frente a las necesidades de mayor libertad, en donde la percepción parental frente a esta necesidad es considerada como una dimensión de la madurez del joven.

Esta consideración que hacen los padres pone en evidencia el carácter de sistema abierto que representa la familia, en la que sus miembros están en continua interrelación con otros sistemas que la empujan permanentemente en un dinamismo constante. Para autores como García, Rivera, Arango y Díaz (2006), la familia es una unidad social que enfrenta múltiples tareas de desarrollo, gracias a un intercambio diario entre sus miembros y los ambientes externos, tales como el lugar de trabajo, la escuela y universidad de los de los hijos/as, así como de otras instituciones de la comunidad.

El ciclo vital familiar enfrenta en sus tareas de desarrollo un proceso de evolución esperable en ella, concepto que, aunque aparentemente simple, encierra

varios elementos que es preciso destacar: uno de ellos es el de proceso, que proporciona una descripción general de los retos y problemas típicos de una fase, al tiempo que se permite encuadrar la situación de la familia dentro de su propio marco evolutivo (Ríos, 2005).

De esta forma, referirse al ciclo vital es hablar de las etapas que las familias atraviesan en general a lo largo de la vida. El pasaje de una etapa a otra implica un cambio que lleva consigo una nueva experiencia. Según García y Estremero (2003), son etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas, ya que no pueden responder a todas ellas de la misma manera.

En ese sentido, las familias con hijos mayores que ingresan a la universidad estarían transitando en el ciclo denominado adolescencia y emancipación, en la cual la familia está sujeta a grandes cambios. Jiménez (2003) argumenta que esta etapa se caracteriza por la búsqueda de la autonomía del joven que, paradójicamente, también representa un temor a separarse de los padres; en este sentido, en la familia se juega una tensión entre autonomía-dependencia, dado que los hijos/as intentan buscar su autonomía, pero a su vez se asumen dependientes en muchos aspectos.

La emancipación del joven está permeada por el ingreso a la universidad. En este sentido, autores como Álvarez, Herrera, Quiles, Rodríguez y Sabiote (2008) coinciden en que la familia es uno de los pilares esenciales de los jóvenes universitarios, por lo que se valora el núcleo familiar como el lugar donde se cimienta el proceso de socialización del individuo y en el cual se comienza a educar en valores. Se encuentra, además, que los jóvenes consideran a la familia como la institución primordial, la cual ocupa un lugar privilegiado en la orientación de sus vidas, y un espacio que proporciona un alto grado de estabilidad.

Por su parte, Enríquez y Solernou (2013) encuentran que la familia funciona como un referente donde el estudiante se apoya para transitar por todos aquellos cambios en los que se ve afectado, así como en la adopción de hábitos para su desempeño académico. En esta misma línea, Barg (2004) menciona que la tarea principal de las familias en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven es elaborar, modificar y transformar los roles, para cambiar las estructuras y así contribuir al desarrollo de las identidades, creando necesidades y normas nuevas que fomenten un espacio adecuado para la elaboración de dicha etapa.

En este contexto del ciclo vital de la familia y del ingreso del hijo/a mayor a la universidad, toda su dinámica familiar se ve transformada. Según Viveros y Arias (2006) y Viveros (2010), en la dinámica interna de la familia emergen mecanismos de regulación interna, los cuales involucran el funcionamiento, las formas de

interacción, las funciones y roles asignados. Oliveira, Eternod y López (1999) subrayan que dicho tejido de relaciones y vínculos se relaciona directamente con la distribución de responsabilidades, la participación y la toma de decisiones. Para otros autores, como Cifuentes, Massiris y Ruiz (1998, p. 48), la dinámica familiar:

Son todas aquellas relaciones o aspectos que se dan al interior del grupo familiar que le permiten a los miembros interactuar en cada uno de los subsistemas a través de diferentes procesos como la comunicación, los roles, las normas, aflorando sentimientos, emociones, ansiedades y conflictos, estableciéndose una interacción con aspectos de su entorno como el medio ambiente, la educación, la cultura, la religión, la política, la comunidad y la sociedad en general; en donde cualquiera de estos aspectos suceden individual o grupalmente en la familia, afectando a todos sus integrantes.

Se puede concluir a la luz de los autores antes mencionados, que la dinámica familiar se ve implicada en muchos aspectos, como consecuencia de la entrada del hijo mayor a la universidad. Para el caso de este apartado, se hace énfasis en aquellos concernientes a la jerarquía, reglas y normas.

Se entiende que la jerarquía está dada por las funciones de poder y autoridad que son distribuidas dentro de la familia; por lo general, los padres son los que ejercen la autoridad sobre sus hijos; cada uno de los integrantes del sistema familiar sabe quién ejerce el poder y quien tiene el control, las jerarquías deben estar bien definidas; de no ser así, las interrelaciones familiares tienden a ser caóticas (Ludizaca 2013).

Minuchin (2003), por su parte, considera que una jerarquía clara es importante para la funcionalidad familiar. Todo sistema está jerarquizado y, en ese sentido, la familia y la autoridad se distribuyen en varios niveles y se manifiesta de diversas formas en cada contexto. De esta forma, las reglas y normas aparecen como condiciones reguladoras de los miembros de la familia, desde el ejercicio de la autoridad que otorga esta jerarquía. Estas se entienden como aquellas pautas explícitas o implícitas que orientan la vida de los integrantes de la familia, las cuales son establecidas con el fin de controlar el comportamiento de los sujetos a nivel intra y extra familiar, y definir las funciones y los roles que ellos deben asumir en diversos contextos de desarrollo individual y social (Sánchez, 2007).

A nivel familiar, las normas y las reglas guían el actuar respecto a lo debido o indebido a lo que debe ser y a lo que socialmente se acepta o se rechaza (Sánchez, 1995). Las reglas y normas en la familia posibilitan y legitiman que padres y madres ejerzan la autoridad.

“Un día yo le marqué al celular por lo menos 100 veces...” Una de las tendencias que se encontró en la investigación de la que se deriva este libro es la relacionada con una estructura familiar que se conserva jerárquica, pese a que el ciclo vital en el que se encuentra la familia demanda otro tipo de necesidades. Jiménez (2003, p. 100) comenta que “cuando los adultos son autoritarios y se empeñan en conservar sus formas de dominio e imposición, mientras los adolescentes discrepan de la forma como los padres y/o madres ejercen la autoridad, confrontan esa autoridad y presentan resistencias o se rebelan”.

Para autores como Galvis (2009, p. 92),

autoridad no quiere decir dar órdenes no cuestionadas y autoritarias que responden sólo al interés de los mayores. La autoridad en la democracia es firme y eficaz en la medida en que es razonada, es explicada y representa el interés de padres e hijos [...] se puede afirmar que la autoridad debe fijar límites y abrir posibilidades.

Nardone, Giannotti y Rocchi (2003, p. 122) mencionan que en las familias donde hay una organización autoritaria:

La vida de familia está compuesta de horarios precisos, ya sea en relación con las comidas como en las salidas y entradas [...] que deben ser absolutamente respetados [...] A veces los hijos adolescentes acaban por aceptar las normas y adaptan su comportamiento para destacar, satisfacer a sus padres y recibir premios.

Al respecto, una de las madres participantes de la investigación comenta que:

Yo soy muy fuerte de carácter, “¡no, se vino ya!”, entonces él ahí mismo coge un taxi y se viene. Un día yo le marqué al celular por lo menos 100 veces... cuando le dije ¡se vino o se vino!, eso **para ellos es incómodo, vergonzoso, muchas cosas, pero para mí es lo adecuado.**

En este testimonio, la madre acepta que esa condición de ordenar para el hijo es bastante incómoda; sin embargo, resulta lo pertinente en el ejercicio de su maternidad. Prima entonces el obedecer por parte del hijo y el control por parte de la madre, vislumbrando cómo en las familias con un modelo autoritario prevalece el cumplimiento de la norma y la voz del padre o la madre y lo que se dice por parte de ellos es respetado; lo muestra el testimonio en el que el hijo atiende inmediatamente al llamado de la madre.

Este ejercicio de la autoridad familiar, también presenta algunos matices en el que, sin dejar de ser ejercido de manera vertical, utiliza mecanismos y formas aparentemente sutiles que se acompañan de una manifestación de interés, acompañamiento y cuidado por el hijo/a. Maldonado y Micolta (2003, p. 26) mencionan que hay “padres y madres que escuchan a sus hijos e insisten en el diálogo. En ese diálogo ellos y ellas no pierden la práctica ni la representación de su papel dominante. Son padres que se representan como jefes del hogar y como personas quienes los hijos tienen que respetar”.

El testimonio que a continuación se presenta de una madre muestra cómo ella, siendo muy cautelosa, le hace saber a su hija que en casa mandan los padres:

*Ella comprende (la hija) que está en un rol de familia, que **está en un círculo familiar, que ahí tiene un papá, una mamá, que hay cosas de las que no se puede salir de ahí, así tenga dieciocho, diecinueve años.***

Se podría deducir que en estas familias, los hijos/as comprenden que son sus padres quienes tienen el poder; condición de una familia autoritaria donde sus comportamientos deben estar equiparados a lo que sus padres establecen. De ahí la afirmación de la madre: “hay cosas de las que no se puede salir”, incluso siendo mayor de edad.

El siguiente testimonio muestra de manera más contundente que la autoridad sigue siendo de padre y madre, aun considerando el ingreso a la universidad. Esta forma de ejercer la autoridad no cambia, se sigue conservando vertical; se obedece y no se discute a lo que los padres mandan:

*Ese cuento de que la mamá y los hijos deben de ser amigos, eso como que no me cuadra del todo... pero tampoco de perder la autoridad, de que **sepan que están hablando con su mamá, su papá y que eso se respeta y que eso no se debe cambiar...** ella sabe que así tenga sesenta años le voy a joder toda la vida.*

Los hijos/as, en estos ámbitos de interacción familiar, se adhieren a una jerarquía con estructura autoritaria donde “existen unos valores absolutos, inmutables y eternos de los que surgen las reglas que son indiscutibles” (Nardone, Giannotti y Rocchi, 2003, p.122). De esta manera se van dando las reglas, las normas y la toma de decisiones en casa: en las familias, con una jerarquía autoritaria, las decisiones son tomadas por padres/madres.

Las familias que tienden a ser “rígidas y altamente cohesivas, pueden perjudicar la individualidad de sus miembros” (Vásquez, Ruiz, Álvarez, Mancilla y Suck, 2010, p.107), pues en un ambiente familiar negativo los miembros tienen

pocas destrezas sociales y mayor vulnerabilidad al medio; se evidencia así poca capacidad para tomar decisiones propias.

En este sentido, un ambiente familiar permeado por la rigidez y poca flexibilidad conlleva daños significativos en la expresión emocional y la comunicación familiar; los integrantes del grupo familiar tienen menor autonomía e interés por actividades culturales, religiosas y poca vida social (Vásquez, et al., 2010). Así lo muestra en el siguiente testimonio de una hija y una madre:

*La autoridad en mi casa no se ha modificado: **mi mamá sigue siendo la figura de autoridad** y pues mi papá ellos siempre han sido así; las reglas no se han cambiado. Las decisiones de la casa yo diría que mi mamá es la que las toma.*

*ella [la hija] en la casa sigue con las mismas normas, pues **siempre debe decirme para donde va y con quien va.***

La entrada a la universidad es un aspecto que supone cambio en horarios, responsabilidades, contexto, etc., por lo cual se considera que los hijos/as necesitan mayor libertad para realizar sus encuentros académicos, compartir con sus compañeros y demás actividades que requieran. No obstante, se evidencia que, en este caso, la hija sigue dependiendo de las normas de la casa y del control que ejerce su madre.

Algunas situaciones especiales del acontecer académico suponen algún tipo de flexibilidad, aún en el marco de la verticalidad en el ejercicio de la autoridad. Así se muestra en el siguiente caso:

*Cuando tengo que ir a quedarme donde alguien, ahí sí como que son un poquito problemáticos; por ese lado no me apoyan mucho. Ya cuando es el tiempo pues acá en la universidad; por ejemplo, [para] **un tiempo de almuerzo sí son un poquito flexibles, de resto, no**".*

Si bien no es mucha la flexibilidad frente a las decisiones de la hija, aparece un matiz diferente; de alguna manera, si la hija se queda en hora del almuerzo en la universidad es algo que se acepta con flexibilidad; sin embargo, se enfatiza que los padres son quienes deciden qué hacer.

En ese sentido, en los modelos de jerarquía autoritaria donde predomina el poder de los padres sobre los hijos/as, para Nardone, Giannotti y Rocchi (2003, p. 120), "los hijos tienen poca voz y tienen que aceptar los dictámenes impuestos por los padres (...) La vida en familia está marcada por el sentido de la disciplina y del deber" (p.120). En la investigación se encontró que:

Decisiones que diga que yo las tomo propiamente, no. Pues es que no sabría decirle cuáles... las decisiones que yo tomo son contradictorias con las de mi mamá, pues a pesar de todo yo digo ‘yo ya tengo 18 años, pero todavía vivo acá y siempre se rige la regla: ‘mientras usted viva bajo este mismo techo’...’.

Es claro que en las familias con autoridad jerárquica la pauta de interacción en las relaciones parentales supone que dicha autoridad es reconocida también por el hijo, como parte de la dinámica en la que participa. Esto resulta validado por él, al reconocer que pese a la mayoría de edad, le corresponde acatar las normas impuestas por pertenecer a un sistema familiar en el que cohabita en el mismo espacio.

Para el caso anterior, si el hijo toma la decisión y no es lo que la madre considera correcto, no hay aprobación; nuevamente se reconoce que este tipo de familias están marcadas por la disciplina y la obediencia en lo que los padres/madres consideran adecuado.

Por otro lado, en lo relacionado con familias que se conservan autoritarias aparece en algunas situaciones lo que se ha denominado *responsabilidad de los hijos/as*. Aquí puede encontrarse que los padres siguen ejerciendo la autoridad; son ellos quienes toman las decisiones; sin embargo, empiezan a reconocer la necesidad de emancipación y criterio propio de los hijos/as:

Es maluco porque igual él ya se va sintiendo y aprendiendo hacer como más grandecito y va queriendo tomar una postura de que ellos quieren hacer lo que ellos quieran. Si uno les dice “no trasnoche tanto, saque más tiempo”, entonces ya hay más choque entre los dos.

La madre participante menciona que el hijo empieza a tomar ciertas posturas autónomas y aunque ella reconoce que hace parte de los cambios de su edad, es claro que ella pone el límite “no trasnoche tanto, saque tiempo”.

Es evidente que para los hijos/as, esta situación de control por parte de los padres representa una experiencia poco grata, la que incluso es comparada con otras familias, en una condición de desesperanza, al reconocerse en una condición de mayor responsabilidad y madurez:

Yo me siento más independiente y con más responsabilidades, pero también me siento muchas veces controlada como que no confían en mí, entonces eso me molesta porque yo veo que mis compañeros no... veo esa diferencia entre las familias.

Nardone, Giannotti y Rocchi (2003, p. 123) mencionan que “los adolescentes, si no se adhieren al modelo familiar, inician toda una serie de maniobras para sustraerse al clima de tensión: estar el mayor tiempo posible fuera de casa, hacer las cosas a escondidas, buscar ocasiones de estudio o trabajo en otra ciudad”. Esta situación se puede ver en el siguiente testimonio de un hijo:

Como mis horarios en el colegio mi mamá los conocía y en la universidad no los conoce, entonces es más fácil que yo pueda ir y volver y hacer las vueltas que necesito sin necesidad de un control de ella.

Se ilustra de manera explícita la estrategia que usa el joven para no estar controlado por su madre; juega con los horarios de la universidad para hacer otros asuntos que le interesan y de esta manera la madre no puede ejercer control sobre él. De esta forma, se muestra en la perspectiva de los autores antes citados, las diversas estrategias que pueden ser útiles por parte del joven en este tipo de familias.

En conclusión, se puede decir en cuanto a los resultados en la categoría de familias con jerarquía autoritaria que, aunque aparecen algunos rasgos de autonomía del joven con su ingreso a la universidad, las directrices de los padres predominan, las decisiones son consultadas por los jóvenes y finalmente quienes deciden son los padres. Se encuentran también que algunas familias siguen controlando los horarios, las llegadas y las salidas y que, por tanto, esta estructura autoritaria se conserva.

“Ahora como que ya uno tiene voz propia”. Se encuentra como resultado que en algunas familias, la jerarquía familiar empieza a ceder con la entrada del hijo/a a la universidad y se tornan más flexibles, gracias a la comprensión que hacen los padres de las demandas de este nuevo escenario en la vida del joven, dando mayor posibilidad para que desarrollen autonomía y confianza y en esta medida, puedan hacer otro tipo de actividades como las culturales, intelectuales y de orden social. Al decir de Jiménez (2003), en este tipo de familias cuando las relaciones son democráticas, la jerarquía se conserva sin mayor conflicto.

Como resultado se encuentra que, en estas familias, el estudiante tiene mayor posibilidad de tomar decisiones autónomas. Así, los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, en tener libertad para construir su propio mundo y en particular, lo relacionado con las amistades, las salidas sociales y el uso del tiempo libre.

A continuación se muestran las intervenciones de una hija:

Con la entrada a la universidad ha cambiado mi posibilidad de tomar decisiones. Soy más independiente en cosas muy cotidianas; específicamente, en asuntos académicos y en la manera como manejo mi tiempo.

La entrada a la universidad implica para los jóvenes nuevos retos y eso hace que se apropien con mayor responsabilidad de sus asuntos; para la hija, aparecen mayores posibilidades de tomar sus decisiones frente a lo académico o la distribución de su tiempo. Es posible decir que antes, dichas decisiones parecían controladas al permanecer más tiempo en casa. Tal como lo dice Jiménez (2003), hay mayor libertad para las salidas de casa y el uso del tiempo; eso hace que el joven desarrolle más autonomía.

En el proceso de emancipación y autonomía existe una serie de toma de decisiones que, según Erikson (citado por Diane, Sally y Duskin, 2009, p. 515), “se forma a medida que los jóvenes resuelven tres cuestiones principales: la elección de una ocupación, la adopción de los valores con los que vivirán y el desarrollo de una identidad sexual satisfactoria”. Este aspecto lo ilustra el siguiente testimonio de la abuela:

Ella antes de cumplir los 18 siempre pedía permiso y si no se le daba permiso pues no pasaba nada; hoy en día no pide permiso sino que anuncia dónde va a estar, pero ella no volvió a pedir permiso”

Este testimonio muestra mayor autonomía, libertad e independencia, que se entiende a partir del ingreso a la universidad y de la mayoría de edad; dos situaciones particulares asociadas al asumir nuevas responsabilidades que requieren un modo diferente de relacionarse con la autoridad en la familia.

En el contexto de los jóvenes universitarios, con el tránsito de la adolescencia a la emancipación cambian las normas que se habían establecido cuando los jóvenes eran niños y se requiere un nuevo proceso para definir las; Jiménez (2003, p. 80) menciona que “las normas pueden ser impuestas por los adultos o negociadas, en una dinámica que cambia permanentemente de acuerdo con el tipo de autoridad y con las nuevas necesidades e intereses de los jóvenes”. A continuación se ilustran algunos testimonios al respecto de la autonomía que van adquiriendo los hijos/as en la universidad:

Ya uno en la universidad toma sus propias decisiones. Uno no cuenta mucho con la decisión de los padres, o sea, a comparación del colegio donde sí se cuenta más con ellos... ya ahora es diferente; ahora como que ya uno tiene voz propia para decir todo lo que siente, qué es lo que quiere hacer y qué no quiere hacer”

En la universidad toca ser más consciente. Yo sé que tengo una responsabilidad con la que tengo que cumplir, tomo la decisión de ir a estudiar, ir a la biblioteca, ir a una conferencia y esas son cosas que en el colegio no hacía.

Él es autónomo en casi todo, [a] dónde quiere ir; si quiere estar en Manizales o en Pereira o el estar con su novia...también se toman decisiones al interior de la familia y se concertan

Se puede ver en estos testimonios que la entrada a la universidad implica para los jóvenes tomar decisiones por sí solos. Los hijos/as son conscientes de que la responsabilidad aumenta y que no es igual estar en el colegio que responder en este nuevo contexto; esta conciencia hace que crezcan en autonomía y responsabilidad. Es importante resaltar aquí cómo se van dando los matices de responsabilidad en los hijos/as sin dejar de lado la autoridad de los padres, dado que hay decisiones que se toman en familia y son respetadas.

Otro de los aspectos que aparece como hallazgo y que no se aleja de lo que se viene hablando hasta el momento es que *los hijos/as tienen mayor libertad y responsabilidad* cuando ingresan a la universidad. Esta situación tiene que ver con algo que menciona Oliva (2006, p. 216) cuando refiere que una disminución en los niveles de control que padres y madres ejercen sobre sus hijos a medida que transcurre la adolescencia, siendo esta disminución uno de los principales reajustes que los padres suelen realizar en su estilo parental para adaptarse a la mayor madurez de su hijo adolescente y a sus nuevas necesidades.

En el siguiente testimonio de una hija participante se muestra cómo la libertad hace parte de su desarrollo como joven:

Sí me ha pasado que tengo más libertad de hacer las cosas, no veo limitada mi libertad; si es algo que quiero hacer, igual creo que manejo muy bien mi tiempo y tampoco me encierro sólo en la universidad y sólo estudio, yo salgo si tengo algo para hacer.

Se puede ver en la anterior intervención cómo la hija declara que no se ve limitada, es decir, los padres han disminuido el control sobre ella y eso le ha generado madurez y libertad para hacer las cosas. Hay aspectos que empiezan a evidenciar mayor responsabilidad y libertad con la entrada a la universidad; por ejemplo, responder por lo académico, libertad para salir con amigos o hacer diligencias. El siguiente testimonio de una hija lo muestra:

Al entrar a la universidad llega uno en el carro, va hace las vueltas, visito a mis amigos y así; pues siempre hay mucha más libertad.

Esta nueva experiencia de libertad está aparejada con niveles de mayor conciencia y responsabilidad frente a los nuevos retos que les representa la experiencia universitaria y el marco de decisiones que se requieren tomar para avanzar en esta ruta, como lo expresa el siguiente hijo:

*Uno sabe que si tiene que quedarse acá en la universidad haciendo un trabajo y está en la cafetería y llegan varios y lo invitan a tomarse una cerveza **uno tiene que tener conciencia de qué es más importante**, y a partir de lo que sea más importante decidir que eso es lo que tengo que hacer.*

Al respecto de tener conciencia y saber elegir, el estudiante agrega:

***Uno tiene que decidir sobre las amistades**, saber quién es quién, entonces uno tiene que decidir con quién sí puede llegar algo importante en la vida, porque hay personas que lo pueden retrasar a uno en muchas cosas; entonces yo también pienso que es una decisión importante pues la amistad.*

Estos testimonios van mostrando que las familias han cumplido un papel importante en la formación de autonomía en sus hijos/as, como lo menciona Oliva (2006, p. 218):

La promoción o fomento de la autonomía se refiere a las prácticas parentales que van encaminadas a que los adolescentes desarrollen una mayor capacidad para pensar, formar opiniones propias y tomar decisiones por sí mismos, sobre todo mediante las preguntas, los intercambios de puntos de vista y la tolerancia ante las ideas y elecciones discrepantes.

Puede verse cómo los jóvenes empiezan a tener ideas claras sobre sus amistades, intereses, relaciones y responsabilidades; aspectos que van fortaleciendo con su estadía en la universidad.

Otro de los resultados que aparece en estas familias con tendencia a la horizontalidad es la *confianza depositada por los padres en sus hijos/as*. Algunos autores como Inglés, Estévez, Piqueras, Musitu (2012) mencionan que en la etapa de emancipación de los jóvenes los padres deben esforzarse por mantener el vínculo afectivo, al tiempo que reconocen que su hijo/a ya no es un niño sino que se está incorporando a los nuevos cambios en su etapa. Así lo menciona una madre participante de la investigación:

***Uno va confiando** y eso se va dando y el hecho de que ella ya va siendo más autónoma, en sus decisiones, en sus cosas, en sus responsabilidades...ella va sola a comprar los materiales y confío en lo que hace.*

*Yo soy flexible, pues **intentó darle más libertad bajo su criterio** y confiando en él [según] todo lo que le hemos mostrado y enseñado*

Puede notarse que las familias comienzan a aceptar los nuevos retos de los hijos/as en esta etapa, tales como salir solos, hacerse cargo de sus responsabilidades y, como lo menciona esta madre que empieza a depositar la confianza en su hija, en la medida en que ella va respondiendo por sí sola a las cosas que le exige el medio.

Hasta el momento se han descrito los resultados evidenciados en las familias con jerarquías horizontales, donde se da espacio a los hijos/as de proponer, tomar decisiones, tener mayor libertad y responsabilidad; en la medida en que se van dando estas situaciones la confianza de los padres/madres hacia los hijos/as es mayor.

Estos cambios en la distribución del poder y en el ejercicio de la autoridad en la familia, se ven reflejados en varias dimensiones, específicamente en el asunto de la mayor flexibilidad que muestran los padres en relación con las **reglas y las normas**. Este aspecto se encuentra íntimamente relacionado con la jerarquía.

La flexibilidad de la familia puede verse desde la mirada de Delgado (2007), para quien los cambios son rápidos en los jóvenes y si los padres son flexibles y comprensivos en su necesidad de autonomía, identidad y separación, entonces no se presentan dificultades. Para autores como Ríos (2005) y Chacana (2007), los cambios en la dinámica interna de la familia se relacionan con la capacidad de asumir responsabilidad emocional, en la cual se permita al joven la creación de nuevos vínculos afectivos fuera de los de la familia.

En este sentido, las reglas y normas que gobiernan una unidad familiar y a cada uno de sus miembros deben ser firmes, pero lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian. Las normas incluyen los patrones de interacción, la conducta considerada como apropiada, la privacidad y la autoridad dentro del sistema familiar (Dominici, 2003).

Algunos testimonios que muestran cómo las reglas y las normas son más flexibles con la entrada a la universidad:

*Ya ahora mis papás han sido **más flexibles en las horas de llegadas** porque ya en la universidad llego un poco más tarde.*

*Le conseguimos un carrito pues para que ella entre a la universidad, para yo no tenerla que llevar y estar trayendo...eso ha generado también que ella pues que sí le demos permiso obviamente de un sábado y que sí **se demore un poco más**.*

Como se evidencia en los testimonios anteriores, las reglas empiezan a ser más flexibles en casa, sobre todo en lo que tiene que ver con las horas de llegada; los padres empiezan a permitir mayor tiempo de los hijos/as por fuera de la casa, pues reconocen que tienen cosas diferentes que hacer. Como lo mencionan Carroble y Gámez-Guadix (2012), las normas deben ser adaptadas a la edad y a la etapa evolutiva de los hijos/as; no es lo mismo la hora de llegada de un menor de 10 años que de un joven de 18. Para el caso anterior, las familias comprenden de manera clara que allí hay un cambio que se da a partir de la entrada a la universidad.

Jiménez (2003) hace mención de la autoridad ejercida por los padres cuando se ampara en el afecto, es decir, cuando los hijos/as identifican que los padres preguntan, se interesan, son dedicados y aceptan el “control”, dado que es un control afectuoso y no autoritario. Al respecto, una de las hijas menciona que:

*Ya en la universidad pues son un poco más flexibles, ya entienden, pero **de igual forma pues se preocupan mucho**, me llaman, o cuando me quedo a almorzar, me dicen que vaya a compartir con ellos un almuerzo.*

Yo sé que mi mamá mantiene muy preocupada y ella me pregunta “a qué hora sale” y yo le digo “más o menos a tal hora”, y si veo que a esa hora me voy para otra parte la llamo y le digo “ya salí, me voy para tal parte, me demoro”.

Los hijos/as aceptan desde este contexto que sus padres/madres pregunten por sus cosas, puesto que no lo ven como control, sino como una preocupación afectuosa, con la intención de asegurarse el bienestar del hijo/a.

En lo que tiene que ver con los resultados de la flexibilidad en reglas y normas, puede evidenciarse que las familias las cambian cuando el hijo/a ingresa a la universidad. No quiere decir esto que ya no existen normas, sino que se van modificando teniendo en cuenta la edad de los hijos/as, la confianza depositada en ellos y la responsabilidad con la que actúan.